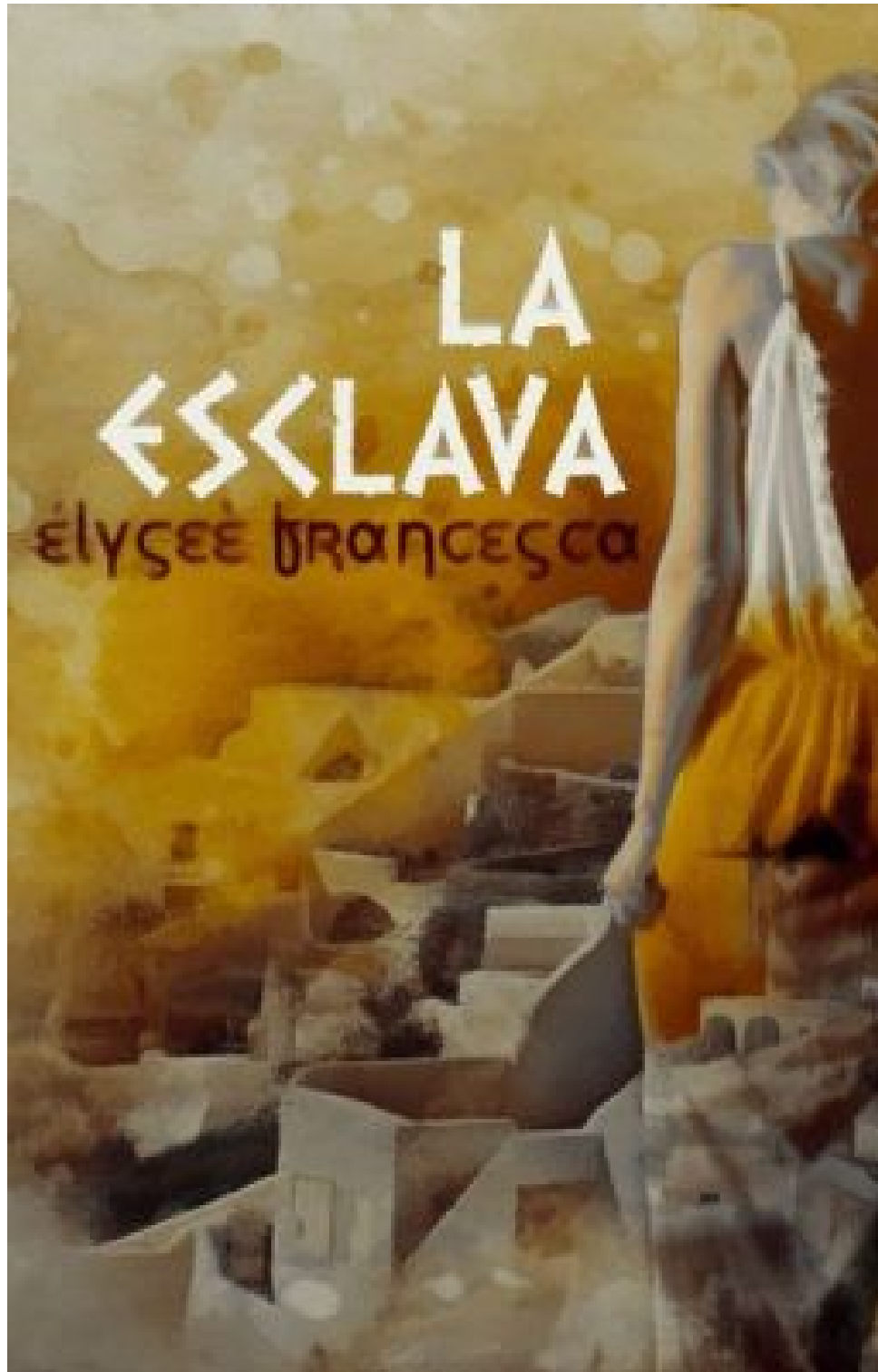


La Esclava

Sylvie Dupuy / Elyseè Francesca



Capítulo 1

"Los hechos y personajes
de la siguiente historia,
son ficticios.

Cualquier similitud con la realidad,
es pura coincidencia."

Capítulo 2

Sinopsis



Selene es una joven griega del pueblo más cercano a la ciudad, luego de una batalla, el pueblo es incendiado y ponen en cautiverio a las jóvenes de allí. A medida que las demás son vendidas como esclavas a diferentes sectores ricos, su destino es ser vendida al Emperador del país.

Achilles Thalassinos es el Emperador de Grecia, un joven hombre arrogante que asumió al trono hace pocos meses. Su soberbia le jugará una mala pasada cuando conozca a la joven que comprará, poniendo en jaque su mundo y cuestionándose si lo que está sintiendo por aquella joven mujer es producto de su imaginación o está surgiendo un amor que lo quemará vivo.

Dos personas de mundos diferentes y un mismo sentimiento, el amor.

¿Podrán ser felices o la ambición de él terminará por prevalecer?



Capítulo 3

01 | *El arrogante Emperador*



Atenas, Grecia

Período Helenístico, 325 a.C.

La joven Selene, se encontraba al igual que las demás nueve jóvenes, para ser elegidas por el actual Emperador que había subido desde hacía muy poco tiempo al trono.

—Su Majestad, mi grupo y yo le traemos a diez esclavas, traídas del Norte de Grecia. Por favor, si ha visto alguna, dígame y se la entrego —le dijo el comerciante.

El Emperador vio a las diez jóvenes, asustadas e indefensas, con un futuro incierto y poco feliz, el grupo de jóvenes se sujetaban las manos entre ellas, y mantenían las cabezas bajas por temor a ser vendidas y maltratadas por las manos del soberano del país. Todas tenían la cabeza baja, pero la única que se mantenía con la frente en alto era Selene. La joven, aún cuando estaba aterrada por lo que le pasaría, se mantenía firme y sin atisbos de terror en su expresión. La entereza de la joven fue lo que más le llamó la atención al Emperador.

—¿Ha visto alguna, Su Majestad?

—Sí, he elegido a la décima —levantó dos dedos, he hizo un ademán para que ella acercara.

Selene, ni siquiera movió un pie hacia delante, no estaba dispuesta a obedecer órdenes, pero uno de los guardias del Emperador, empujó a la joven haciéndola caer al suelo, mientras amortiguaba la caída con sus manos. Ella levantó la vista hacia él, y escuchó por vez primera, su masculina voz.

—¿No me escuchaste cuando dije que te acercaras? —Selene se mantenía callada—. ¿Por qué no me contestas? ¿Acaso eres muda o te han comido la lengua los ratones?

—No —le dijo.

El Emperador, quedó desconcertado por la melodía de su voz. Pero volvió a esparcir el terror con su arrogancia desmedida.

—Habla más fuerte, no te he escuchado, no me gustan las mujeres que dicen las cosas entre dientes.

—He dicho que no soy muda, ni menos me han comido la lengua los ratones —terminó por responderle, dejando pasmado al hombre que tenía frente a ella.

El hombre, de tan solo treinta años de edad, era de temer, y soberbio. Su forma de hablar y dar ordenes, carecían de amabilidad para los demás, y lo hacía ver mucho más grande de lo que realmente era. Su manera de tratar a los demás le restaba puntos a su belleza de Adonis. El rubio cobrizo de su cabello, el color celeste de sus ojos y la estructura ósea de su rostro, era única y envidiable. Alguien tan bello como él, debía de tener su lado perverso también.

El pequeño grupo de esclavas que estaban alrededor del trono, complaciendo a su Emperador, se lo quedaba mirando hipnotizadamente.

—¿Tienes un nombre? ¿O tendré que llamarte como me plazca? —le preguntó en tono autoritario.

—Mi nombre es Selene.

—Tu nombre tendría que ir seguido de un: Su Majestad.

Selene se lo quedó mirando por un instante, pero prefirió terminar la frase con las palabras que pedía, antes que escucharlo gritar.

—Mi nombre es Selene, Su Majestad.

—Ahora van mejorando las cosas. Así me gusta. Tú —señaló a una de las esclavas que estaba alrededor de su trono—, lleva a la nueva esclava a darse un baño, porque no la soporto ver así, e indícale que es lo que se tiene que poner —le contestó, caminando hacia el trono y sentándose.

—Sí, Su Majestad —le respondió con obediencia y le hizo una reverencia—. Vamos a bañarte y sacarte esos harapos.

Selene y la mujer que estaba a su lado, caminaron a la par hacia el cuarto que Selene iba a ocupar, y aunque las débiles piernas de la joven intentaban dar pasos hacia delante, terminaron por aflojarse.

La mujer, la sujetó del brazo al ver la dificultad con la que ella caminaba.

—Solo unos pasos más, ya casi llegamos.

Una vez que la mujer abrió la puerta de la habitación, Selene se sorprendió por el lujo que tenía, he hizo un paso hacia atrás.

—No pasa nada, ésta va a ser tu recámara de ahora en adelante. Entra.

—¿Mía? —le dijo incrédula.

—Sí, es una de las mejores que tiene Achilles en el Imperio.

—Supongo que te refieres al Emperador.

—Así es. Bueno, ahora, déjame quitarte lo que llevas puesto.

Cuando vio a la mujer acercarse a ella, retrocedió por inercia. Lo último que había recibido cuando alguien puso las manos encima de ella, habían sido maltratos.

—No tengas miedo, no te voy a hacer daño. Solamente quiero ayudarte con la ropa.

—Prefiero hacerlo yo —le emitió con recelo.

—Está bien. Pero luego tendré que ayudarte con el baño.

—De acuerdo.

La esclava terminó por ayudar a bañarse a Selene, y para que la joven se sintiera un poco más tranquila, ella le habló nuevamente.

—Tienes una voz muy bonita, ¿por qué callas tanto?

—Será por el miedo a ser castigada.

—Pero no tienes porqué estar así, aquí vas a estar segura y a salvo. Pensarás todo lo contrario, por cómo es el Emperador.

Selene sintió que aquella mujer no parecía mala, y que estaba siendo muy amable con ella sin conocerla.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó la joven.

—Olimpia.

—Suenas bonito, ¿y cuántos años tienes?

—Pareces más joven, encantada en conocerte, Olimpia.

—Gracias por el cumplido, y encantada en conocerte a ti también, Selene. ¿Y tu edad?

—Diecinueve años.

—Tienes mucha menos edad que el Emperador.

—¿Por qué lo dices?

—Él tiene treinta.

—Once años de diferencia. Su edad no concuerda con la manera en cómo trata a los demás.

—Sé que tiene malos modales para tratar a las personas.

—¿Malos modales? Diría horribles.

—Lo sé, pero tienes que tenerle paciencia, él no es así con las demás.

—¿Y que le hice yo para que me tratara así?

—Eres su nueva esclava, no estamos para opinar o desobedecerlo. Cada una de las mujeres aquí dentro, tiene su propia historia anterior, y te aseguro que era peor que esto, su madre siempre le dijo que no tiene que ser así con los demás, porque son personas. Pero hace caso omiso a sus palabras.

—Hace eso porque piensa que con todo lo que tiene, puede manejar a los demás.

—Quizás sea eso. Pero en el fondo es buena persona, ya lo conocerás con el paso del tiempo —le respondió, mientras ayudaba a Selene a salir de la tina—. Déjame secarte y vestirme.

Una vez que terminó por ayudarla a vestir, Olimpia le aplicó algunos accesorios para completar la nueva toga de seda blanca, acompañada con un lazo dorado en la cintura, la esclava le entregó a la muchacha un brazalete dorado, unos aros del mismo color, para que se los colocara, mientras ella le sujetaba parte de su cabello con pequeñas hojas doradas.

—Te ves muy bonita.

—Gracias.

—Estoy segura que cuando te vea el Emperador le vas a gustar.

Selene quedó sorprendida cuando Olimpia le dijo aquello.

—No te asustes. Solo lo digo metafóricamente.

—De acuerdo, aunque dudo que tenga sentimientos.

—No creas todo lo que ves de él. Te aseguro que los tiene, aunque no los demuestre.

—Bueno —le respondió, terminando por quedarse callada.

—¿Preparada para salir?

—No.

—Es tu deber salir y cumplir sus órdenes. Debemos ir enseguida, no le gusta cuando tardamos, se pone molesto.

Olimpia abrió la puerta de la alcoba y salieron. Selene caminaba temerosa en ese inmenso pasillo, sin ver hacia dónde se dirigía ya que sus pensamientos recordaban la vida anterior que tenía, con una familia, y aquel instante sin nadie a su lado, temía por el futuro que se sellaría para siempre siendo una esclava más del Emperador.

Mientras que avanzaban hacia la sala principal, el hombre la miró detenidamente, la joven a la cuál había conocido minutos atrás, se había transformado en una preciosa mujer.



Capítulo 4

02 | *Un atisbo de bondad*



Con lo que no contaba era con la hermosa joven que tenía delante suyo, el color del cabello pulcramente armado pero suelto y con apliques de hojas doradas refulgían con un esplendido dorado, su pelo de un tono rubio rojizo, contrastaba muy bien con el color verde miel de sus ojos, su rostro redondo y de porcelana con rasgos marcados pero delicados, la hacían ver femenina y sofisticada. Ninguna de sus esclavas llamaba la atención como la joven que tenía frente a sus ojos.

Achilles la miró con atención sin delatarse ante los demás. Solo esperando a que ambas se acercaran para luego impartirle órdenes a la nueva esclava.

—Hasta que llegan —bufó—. Me gustaría saber el porqué de la demora —contestó con sarcasmo.

—Tiene algunas heridas que debí curarlas, Su Majestad —se excusó.

—No me gusta la mercancía dañada —le comentó al comerciante.

¿Mercancía dañada? Si será animal —reflexionó Selene.

—¿Qué piensa hacer con las demás? —preguntó el emperador.

—Venderlas por la Península Balcánica, por las costas del Mar Egeo, el Jónico y el Mediterráneo —dijo.

—Te daré el doble de precio por cada una si me las dejas a todas —expresó con determinación.

—No veo que tenga necesidad de tener más esclavas —le respondió mirando el séquito de mujeres.

—Y yo no veo la necesidad que me contradiga lo que le pido comerciante. Se olvida que soy el emperador —emitió con sorna.

—Disculpe usted, Su Majestad. Trato hecho —le dio una pequeña reverencia mientras se excusaba.

—Mujeres, apronten lo necesario para las jóvenes —les dijo a las demás esclavas que hacía años vivían con él—, Olimpia, ve con ellas —le respondió y la mujer le hizo una reverencia—. Tú, Selene te quedas aquí —anunció.

—Sí, Su Majestad —le emitió ella.

—Ya puedes retirarte, comerciante —replicó con seriedad.

—Gracias señor. Con su permiso —le dijo y se retiró con su grupo luego de darle una reverencia.

El emperador apenas vio al grupo de mercaderes desaparecer por la entrada de su imperio giró sobre sus talones y se enfrentó a la joven que lo miraba con atención y dudas.

—Me gustaría enumerarte algunas pocas cosas que solo repito una vez. Primero: no me gusta que hables a mis espaldas, segundo: nunca me levantes la voz y tercero: quiero que me obedezcas todo. Eres mi esclava y te aseguro que hubiera sido mucho peor si todavía seguías con el grupo de comerciantes, no suelen portarse nada bien y tú y las demás no habrían corrido con la misma suerte que las anteriores —le expresó y ella abrió los ojos con asombro—. Por otra parte, sobre los puntos tratados, ¿me los has comprendido? —interrogó él.

—Sí, Su Majestad —asintió con la cabeza.

—Con un sí, señor, será suficiente —le expresó mirándola a los ojos.

—Como usted quiera, señor. Me gustaría saber qué es lo que debo hacer —le acotó entre dudas.

Achilles se acercó mucho más a la joven, Selene quedó con la respiración atorada por miedo a ser maltratada ante una insignificante frase que le había comentado.

—Mis disculpas, señor —le respondió y ante la incertidumbre se arrodilló.

—¿Por qué te arrodillas? —preguntó con asombro al tiempo que levantaba las cejas.

—Para ser castigada —sentenció.

—Aquí ninguna de mis esclavas se arrodilla y mucho menos es castigada —le confesó.

Selene levantó la cabeza ante aquella declaración y volvió a incorporarse

con ayuda de él.

—Gracias, ¿por qué no, señor? —le preguntó con total desconcierto.

—Solo imparto órdenes, no maltratos. Y ahora, quiero que recojas las vasijas de la mesa —le dijo señalando el largo mueble—. Y que las lleves a la cocina y luego habla con Olimpia.

—Sí señor —dijo de nuevo.

Dichas aquellas cosas, él se retiró de la sala principal y caminó hacia el interior del pasillo, para perderse a medida que avanzaba su silueta. Selene realizó lo que él le había pedido, de a poco y con lentitud, sin hacer caer nada que había sobre la mesa. Cuando la joven terminó fue a buscar a la esclava que el hombre le había dicho que se encontraba en uno de los cuartos de una nueva joven.

—Olimpia, el señor me ha dicho que me ibas a decir algo —replicó.

—Sí, me ha dicho que te guiara hacia la sala de masajes —contestó y dejó a la segunda esclava que la estaba ayudando a cargo de la joven que estaban terminando de vestir.

Selene la miró con recelo ante lo último que le había dicho.

—¿La sala de masajes? —formuló con incredulidad.

—No suele pedirnos esas cosas pero una orden es una orden —comentó.

La joven no le respondió, solo se limitó a seguirla por detrás hacia el cuarto de masajes en donde el emperador la estaba esperando.

Olimpia la dejó en la entrada.

—Aquí es, toca la puerta y te pedirá que pases —afirmó con una sonrisa.

—De acuerdo —le respondió y Olimpia se retiró del lugar para dar paso a una joven Selene llena de miedo e incertidumbre.

Golpeó muy despacio la puerta y la voz del hombre quedaba amortiguada con la puerta cerrada que tenía ante sus ojos.

—Adelante —fue lo único que escuchó.

La joven abrió la puerta con dudas y con un poco de decisión también. Lo que ella no se esperaba, era ver al emperador acostado sobre una tabla

de madera fuerte con una simple tela blanca tapando sus partes íntimas.

La pobre muchacha tragando saliva con dificultad se acercó con sigilo hacia él.

—Olimpia me dijo que usted estaba aquí, señor —emitió con seriedad.

—Sí, ¿te trajo ella hasta aquí? —interrogó arqueando una ceja al momento en que la miraba de reojo.

—Sí, señor —asintió con la cabeza.

—Me parece bien, bueno, empecemos —volvió a ubicar mejor su cabeza.

La joven se quedó inerte por unos segundos sin saber qué hacer, miró los pequeños frascos que estaban acomodados sobre la mesa que tenía detrás de ella.

Selene giró la cabeza para mirar los frascos con más atención y él aprovechó en abrir un ojo cuando no sintió movimientos. Estaba hipnotizado con el perfil de la joven y del lento movimiento del brazo para tomar uno de los frascos con su mano y posterior observarlo con atención.

—Con respecto a los masajes, no sé hacerlos, señor —confesó con algo de alivio.

—Ese no es el problema, solo hazlos. Solo quiero saber cómo los haces, aunque no los sepas hacer. Si buscas aceites, la pequeña vasija de aquí ya lo tiene —le aseguró.

—Está bien, señor —le dijo sin más.

Caminó hacia él y se quedó a su lado, a su izquierda tenía un plato pequeño con aceite de mejorana y a la derecha una jarra con agua y un plato hondo junto con una toalla.

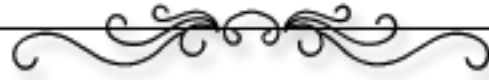
—¿Señor? —su voz se notó con un atisbo de interrogación.

—Dime —habló de nuevo.

—¿Suelen masajearle todo el cuerpo? —cuestionó con curiosidad.

—Así es, un grupo especial viene aquí pero ya que tú estás aquí, prefiero tener a una de mis esclavas dándome masajes y no gente extraña —le comentó con certeza.

La joven Selene mojó sus manos en el aceite, las frotó entre sí, las colocó en la espalda del emperador y comenzó a masajear con movimientos circulares, desde arriba hacia abajo, para luego pasar por los hombros y apretarlos a medida que frotaba el aceite de mejorana.



Capítulo 5

03 | *La curiosidad del Emperador*

Achilles quedó sorprendido por la manera de masajear de Selene y eso le llamó la atención un poco más. Si bien, apenas la conoció le pareció interesante, ahora no le cabían dudas que en él había comenzado a surgir una especie de adoración por ella, aunque no estaba dispuesto a admitirlo tan fácil.

—Veo que sí eres buena haciendo masajes —afirmó.

—Gracias, señor —dijo con seriedad.

—La verdad es que no me puedo quejar, creo que a partir de hoy te voy a llamar para que me masajees la espalda —le dejó saber con acierto—, soy reacio a que entre gente extraña al imperio, así que prefiero que seas mi masajista —le confirmó.

—Cuando usted quiera, señor —le decía no muy convencida.

—Por ser la primera vez que haces masajes, vas muy bien —sentenció.

—Gracias, señor. No lo sabía —comentó con seriedad.

El emperador escuchó la voz de Selene algo seria y le preguntó el porqué.

—¿Y ese tono de voz? —frunció el ceño cuando la miró de reojo.

—Lo siento —se excusó ella.

—Supongo que no te gusta este tipo de trabajo. Las esclavas están para servir, Selene —acotó con afirmación.

—Lo tengo entendido, señor —asintió con la cabeza al tiempo que le respondía aquello también.

Él, no muy convencido por su respuesta, intentó saber más cosas sobre ella.

—Te aseguro que no sé el porqué te lo preguntaré pero me gustaría saberlo, ¿tienes más hermanos? —cuestionó volviendo a mirarla.

—No, soy hija única —le respondió—, ¿continúo con los masajes, señor?

—le preguntó dando por finalizada la conversación.

—Puedes retirarte —le dijo él.

La joven haciéndole una reverencia, se retiró a sus aposentos. Achilles quedó solo y pensativo. Algo escondía su esclava y estaba dispuesto a averiguarlo.

Por otro lado, Selene entró a su habitación para ir a dormir, se desató el cinturón que llevaba en la cintura, se quitó las pequeñas hojas doradas del cabello y los accesorios y, se preparó para acostarse, sin percatarse que su emperador la estaba mirando a escondidas a través del resquicio de la puerta entornada de la alcoba.

Por Eros que esta mujer es terriblemente hermosa —pensó el hombre.

Alguien más lo vio mirar por la puerta sin que este se diera cuenta hasta que lo sacaron de su ilusión cuando lo sujetaron de la oreja y quedó frente a la persona que lo había descubierto.

—¡Madre! —gritó asombrado.

—¿Qué se supone que estabas haciendo? —arqueó una ceja y preguntándole con algo de interés en su voz—. ¿Espiar? —continuó con la ceja levantada y formulándole otra pregunta—. Te estás convirtiendo en todo un sátiro y yo no te eduqué así —le dijo con molestia y decepción.

—No te esperaba hasta dentro de días —le expresó perplejo de verla allí frente a él.

—Acabo de llegar y me encuentro con esto —gesticuló con sus manos intentando que su hijo le diera una buena explicación—. No me gusta que espíes a las mujeres que nos sirven, Achilles —le dijo con voz autoritaria y regañándolo.

El emperador al escucharla trató de excusarse.

—No es lo que parece —intentó remediar la situación en la que se encontraba.

—Si te gusta, díselo —le emitió con más tranquilidad—, de lo contrario, deja de espiarla —le habló con énfasis.

—Madre, que cosas dices, no me gusta —le apostilló con ciertas mentiras en su respuesta.

—Entonces, no vuelvas a espiarla —le comentó con sinceridad— y ahora,

a dormir —le contestó tomándolo nuevamente por su oreja.

—No tengo más cinco años para que me lleves de la oreja —se quejó de la presión que ejercía su madre en la oreja al tiempo que le decía aquellas palabras.

—A veces te comportas como tal —escupió con seriedad—. Como por ejemplo, ahora mismo —articuló con molestia y frunciendo el ceño—. Tienes treinta años ya —bufó—, deberías empezar a buscar una mujer que te pueda querer por lo que eres —le habló con honestidad—, aunque algunas veces distas de ser un caballero y un buen hombre —declaró algo decepcionada.

—Trato bien a las mujeres que nos sirven y trato de ser un caballero también —le manifestó.

—Cuando te apetece, sino eres arrogante y soberbio —anunció de manera seria—. El pueblo no te eligió Emperador por tu cara bonita, tienes que tener más respeto y humildad con los demás, si quieres seguir gobernando —le dijo con franqueza mirándolo a los ojos—. Y debes tener respeto por tus esclavas, sobre todo a la que acabas de espiar. La pobre jovencita, si se entera lo que has hecho, es capaz de escaparse de aquí y no la culparía —le sentenció con pesar.

—No tiene otro lugar a dónde ir —expresó con algo de seriedad en su voz.

—¿Sabes de su situación? —quiso saber su madre.

—Poco y nada —le respondió él.

—Me enteré que el pueblo cercano a aquí fue el que incendiaron —comentó con pesadumbre—. Las jóvenes de ese pueblo eran decentes y de familias buenas —le anunció su progenitora.

—La mujer que espié, no sé de dónde proviene, solo sé que tanto ella como las nueve restantes fueron capturadas y traídas hoy por la tarde —confesó con firmeza.

—Entonces la estabas espiando —sonrió de lado y le confirmó lo que su propio hijo le dijo segundos atrás.

—Lo reconozco pero volviendo al tema, el comerciante no me dijo de dónde eran —frunció el ceño al observarla.

—Vas a tener que averiguarlo, es posible que tengan más familiares

—afirmó su madre mientras asentía con la cabeza también.

—No lo había pensado —reflexionó mirando a un punto fijo.

—Esas cosas debes saberlas —le replicó con énfasis—, no se te pueden escapar, eres emperador Achilles —repitió ella con claridad en su voz.

—Lo sé madre —le dio la razón—. Mañana mismo mandaré a mis hombres a investigar y yo, me tomaré el trabajo de hablar con las diez jóvenes —expresó con franqueza.

—Estás haciendo lo correcto. No te entretengo más, te dejaré tranquilo. Buenas noches —le respondió y se retiró dejando solo a su hijo.

A la mañana siguiente Olimpia fue la encargada de despertar muy temprano a Selene.

—Selene despierta —dijo con seriedad.

—No es posible que ya sea de día —se quejó.

—Son las cinco de la madrugada, debemos empezar bien temprano nuestra labor —replicó con autoridad.

—No, por favor, no he podido dormir tranquila —su voz sonó triste—. Necesito dormir un poco más.

—Lo siento pero te guste o no, vas a tener que levantarte. Aparte de eso, ayer a la noche llegó la señora —declaró.

—¿La señora? —preguntó abriendo los ojos—. ¿La esposa del emperador? —cuestionó de nuevo.

—No, la madre —le aseguró—. Nadie lo supo hasta hace un rato. Por eso te digo que tienes que levantarte —volvió a repetirle la mujer.

—Está bien —acotó la joven.

—Te aseguro que su madre no tiene ningún parecido al carácter del hijo —le contestó Olimpia y Selene no dijo nada—. Por cierto, le comentamos que eres nueva —le emitió.

—¿Por qué? —frunció el ceño cuando lo formuló.

—Porque si te ve, se preguntará quien eres tú —respondió con certeza.

—Tienes razón —asintió con la cabeza al tiempo que se lo decía.

La joven se vistió y se aseó con tranquilidad, solo cambiando la toga anterior, por una de color crudo, apenas terminó de arreglarse, salió con la otra esclava de su aposento para ser presentada ante la madre del emperador.

—Tú debes ser la joven de la que me hablaron —contestó con amabilidad.

—Sí, señora —le dijo con una reverencia.

—Acércate aquí, quiero conocerte —le habló y ella se acercó—. Gusto en conocerte, jovencita —sonrió cuando la miró a los ojos.

—El gusto es mío, señora —manifestó volviendo a realizarle una inclinación de cabeza.

—¿Cómo te llamas?, porque aquí no me lo dijeron —quiso saberlo.

—Mi nombre es Selene, señora —le confesó.

—¿De dónde vienes? —preguntó la madre del hombre.

—De Illion —sentenció ella.

—El pueblo que han incendiado —levantó las cejas quedándose algo sorprendida.

—Sí —le contestó la joven con brillo en los ojos.

—Tienes un precioso color de ojos —afirmó—. Achilles, ¿no los has visto? —inquirió la mujer.

—Ya los he visto, madre. La mayoría de las esclavas tienen ojos claros —le expresó sin importancia.

—Veo que no sabes apreciar a las personas por como son —le confesó su madre.

Dicho esto, la presentación de Selene dio por finalizada y posterior a eso, tanto el hijo como la madre se sentaron a desayunar. Luego de dos horas cuando terminaron de desayunar, Achilles la llamó.

—Selene, necesito hablar contigo. Ahora —le dijo serio.

Selene fue con él sin chistar, siguiendo los pasos del hombre a una distancia prudencial y por detrás. Dentro del cuarto de masajes, que fue

allí donde la llevó, la joven intentó hablarle:

—Señor, no hace falta que me diga nada, lo supe desde que me miro mal hace un momento atrás —replicó la muchacha—. No fue mi intención ocasionarle problemas con su madre por culpa mía. Si tiene que castigarme o encerrarme, hágalo —le aseguró.

Achilles quedó desconcertado ante tal respuesta.

—Te he dicho de antes que no acostumbro a castigar o golpear a mis esclavas. Otras personas lo podrán hacer pero yo no —le manifestó intentando que se quedara tranquila—. No soy tan malvado como creen los demás que soy. Me hago respetar —confirmó con su voz.

—A sus esclavas las debe respetar también —le contestó Selene y el emperador quedó sin palabras.



Capítulo 6

04 | *Un pequeño acercamiento*



Achilles volvió a quedarse callado y él sonrió por dentro cuando escuchó aquellas palabras por ella.

—No te preocupes, tú no has hecho nada —le dejó saber para que se quedara calmada—. No tendré problemas con mi madre por eso. Ahora —retomó la conversación pero hacia otro tema—, me gustaría queme hagas unos masajes —manifestó.

—Muy bien señor —asintió con la cabeza al tiempo que le respondía.

El emperador se acostó como el día anterior y ella se preparó las manos con el aceite para masajearle la espalda. Achilles se relajó e intentó entablar una conversación con ella.

—Vienes de Illion, ¿verdad? —aseguró.

—Sí señor —confirmó.

—El pueblo es muy cercano aquí —acotó él.

—Sí, lamentablemente el pueblo quedó hecho cenizas —su voz sonó melancólica.

—Mi madre me ha contado que allí residían familias decentes y buenas —habló Achilles intentando que de alguna manera ella le dijera más cosas al respecto.

—Sí señor, es verdad lo que le ha dicho su madre —replicó dándole la razón a la madre de aquel hombre.

—¿Es posible que me digas tu apellido? —inquirió con intriga.

—Mi apellido es Voulgaris, señor —le sentenció.

—¿Voulgaris?! —le preguntó de manera sorpresiva, levantando su torso desnudo y mirándola.

—Sí, ¿qué es lo que le sorprende señor? —cuestionó ante su reacción.

—Conocí un señor que se apellidaba Voulgaris, era nuestro orfebre —le respondió él con seguridad.

—El único orfebre de Atenas era mi padre —le dijo Selene.

—Selene, lo siento mucho, no lo sabía —le emitió él con preocupación.

—No se preocupe señor. Me estoy acostumbrando a ésta vida, aunque me cuesta un poco —le confesó.

—No es para menos, de tener un hogar pasaste a ser una esclava —admitió con pena en su voz.

—No es culpa de nadie señor —le manifestó para que dejara de sentir pesadumbre—. El pequeño pueblo siempre ha tenido sus enemigos y por lamentable que sea, terminaron incendiándolo, lo peor fue que ninguna de nosotras pudo escapar —declaró con sinceridad.

—A partir de ahora, solo espero que te sientas cómoda y tranquila aquí dentro, bajo mi mando nadie te tocará —le aseguró al tiempo que la miraba a los ojos—, ni siquiera alguien de afuera o mismo mis guardias. Todas las esclavas de aquí dentro son tratadas con respeto —le respondió con franqueza.

—Me sorprende que seamos tratadas bien siendo esclavas pero supongo que cada dueño es diferente a otro —declaró con resolución—. Muchas gracias señor. Espero servirle como se debe —dijo con firmeza—. ¿Continúo con el mismo aceite? —le preguntó ella intentando cambiar de tema.

—Prefiero que uses el de romero — eligió él.

—Como usted quiera señor —comentó ella.

Selene se limpió las manos en el agua de la fuente y se las secó con un trapo limpio, tomó el frasco de aceite de romero, echó un poco en la palma de su mano y luego las frotó entre sí y, siguió masajeando la amplia espalda de su emperador.

Una vez que terminó de hacerle los masajes llevó la fuente con agua hacia la mesada más próxima y acomodó las cosas en cada lugar.

Cuando la joven esclava se dio vuelta, se sorprendió de ver a Achilles frente a ella.

—Te pido disculpas si te he asustado —expresó con honestidad.

—No creí que usted se levantara para ponerse frente a mí, señor.
¿Necesita algo más o quiere que continúe con los masajes? —le preguntó ella tratando de no ponerse incómoda con su desnudez.

—No, solo quería verte más de cerca, los masajes han terminado por hoy —sonrió.

—Señor, ¿sería posible pedirle que se cubra por favor? —le cuestionó Selene mirando hacia un costado mientras sentía sus mejillas arder.

—Lo siento Selene. Enseguida me cubro —le contestó él y se volvió a vestir.

—Se lo agradezco mucho señor —afirmó con claridad en su voz.

Achilles volvió a ponerse frente a ella y ambos en silencio, quedaron mirándose. Sin que la muchacha lo esperara, el hombre puso su mano en la barbilla de la joven inspeccionando con dedicación los claros ojos de su esclava.

—Tenía razón mi madre cuando dijo que tenías unos ojos verdes preciosos. Realmente lo son —le dijo con sinceridad al tiempo que la miraba a los ojos.

—Gracias señor. Si no tiene más nada que se le ofrezca, me gustaría continuar con el trabajo de hoy —apostilló la joven en un intento por escabullirse de su presencia.

—¿Te doy miedo? —quiso saber él.

—¿Miedo? No, para nada señor —respondió ella.

—Eres preciosa —le confesó observándola con intensidad.

Achilles no pudo resistirse por mucho tiempo más a los encantos inocentes de su esclava, ni siquiera coqueteaba con él, ni tampoco lo seducía, solamente se presentaba frente a él como una joven mujer que le hablaba con algo de timidez pero con decisión y eso era algo que lo estaba convirtiendo en un hombre cada vez más sensible y bueno. Y Achilles estaba dispuesto a dejarse llevar por su dulzura y bondad. El hombre solo un beso en los labios le dio a Selene y con eso, quedó un vínculo más íntimo entre ellos.

Selene quedó sorprendida ante aquel beso inesperado y lo separó con sus

manos.

—¿¡Que hace!?! —le preguntó desconcertada y más que sorprendida.

—Te pido disculpas, no fue mi intención pero eres demasiado hermosa. No pude resistirme —le declaró.

La joven quedó muda del asombro mientras que el emperador la contemplaba.

—Por favor, no te avergüences de lo que ha pasado —le dijo él intentando que se tranquilizara—. No por haberte besado, te considero una joven fácil —comentó con seguridad.

—Me gustaría retirarme señor —contestó incómoda.

—Estás en todo tu derecho en retirarte, más tarde te llamaré para que continúes con las labores —le replicó sin poder retenerla por más tiempo.

—Está bien señor, con su permiso —le dijo Selene haciéndole una reverencia y saliendo de la sala de masajes.

Olimpia que había pasado por aquel corredor, la vio con la cara sorprendida.

—¿Qué te pasó? ¿Te encuentras bien? —preguntó la mujer.

—Nada. Sí, estoy bien —le emitió.

—Cuéntame, ¿qué pasó adentro? —inquirió de curiosa—. Has salido con una cara como si te hubieras sorprendido de algo —repitió con énfasis.

—El señor me besó —le respondió de manera inocente, sin darse cuenta que estaba cometiendo un error en habérselo contado.

—¿¡Te besó!?! —se lo preguntó sorprendida de manera falsa—. ¿Y eso qué tiene de malo? Seguro que le has gustado —le contestó tranquilizándola.

—¿No crees que es desubicado de su parte haberlo hecho? —interrogó sin poder evitar preocuparse.

—No lo veo de esa manera pero es posible que lo sea, si tú lo ves así —trató de que lo que la joven pensara estuviera mal para hacerla sentir peor.

Mientras ambas mujeres volvían a la sala principal para seguir con los

labores, Olimpia había quedado disgustada con la confesión de Selene.

Imbécil, cuando te emborraché aquella noche, no te dejaste besar y ahora la besas a ella. ¡Selene, eres una arrastrada! —pensó Olimpia mientras la miraba de reojo.



Capítulo 7

05 | *Charlas*



Olimpia pronto le tendió su telaraña en contarle cosas falsas sobre Achilles.

—Te cuento algo, si bien te besó, no debes confiar en él del todo —sugirió—. Es hombre y emperador, ya te podrás imaginar la clase de mujeres que le gustan, nosotras somos un entretenimiento para él —afirmó—. Antes que vinieras, hubo dos esclavas más, ellas tuvieron algo con él pero cuando la madre se enteró, las terminó echando —confesó sin que aquello fuera verdad.

—No creí que fuera tan así el señor —le dijo abriendo los ojos sorprendida.

—De los hombres como él puedes esperarte cualquier cosa —emitió—, solo nos quiere para servirle, no porque nos tenga cariño o aprecio —confirmó con falsedad absoluta.

Selene ante aquellas palabras, comenzó a dudar de la mujer que tenía frente a ella y del hombre que acababa de besarla.

A pocos centímetros de allí, dentro de la alcoba del emperador, éste recordaba lo ocurrido dentro de la sala de masajes.

De a poco, comienzas a cautivarme Selene, ninguna mujer lo ha hecho como tú lo estás haciendo y ni siquiera te das cuenta de lo que me haces —pensó con felicidad.

Un momento posterior, alguien llamó a la puerta.

—Pase —habló.

—¿Se puede? —preguntó asomándose.

—Para ti, siempre madre —le respondió con una encantadora sonrisa.

—¿Aún no puedes dormir la siesta? —inquirió con curiosidad.

—Así es, me es imposible —confesó.

—¿Y eso? ¿Por qué? —le preguntó su madre con interés.

—Hay algo que me quita el sueño —afirmó.

—¿Puedo saber que es? —sonrió ante su intriga.

—Si te digo que creo que estoy enamorado, ¿me creerías? —la miró a los ojos con atención.

—Diría que es demasiado pronto pero conociéndote, sí, lo creo —comentó su madre con otra sonrisa.

—No sé, simplemente te lo pregunto —acotó él.

—Me encantaría que lo estuvieras, creo que ya es hora de que sientes cabeza y encuentres a alguien que te quiera y te cases —sentenció con alegría—. Y sé que estás demasiado raro desde el momento en que Selene arribó aquí —expresó con certeza.

—¿Cómo lo sabes? —le formuló sorprendido.

—No es tan difícil deducirlo. Has cambiado mucho desde que pisó aquí —le dejó saber.

—Sí, creo que estoy enamorándome de ella, madre —confirmó la respuesta—. Pero me supongo que tú no la vas a querer, por lo tanto me casaré con la que tú quieras, si eso te hace feliz —apostilló con algo de tristeza.

—Achilles no quiero que te cases con alguien que yo elija, tu mismo puedes elegirla —le afirmó—. ¿Y que es eso que te supones que yo no la voy a querer? —frunció el ceño ante la pregunta—. Selene es encantadora, deberías conocerla más y si estás decidido en que ella es la indicada, pues contraes matrimonio con la joven —declaró.

—No puedo creer que mi propia madre me diga éstas cosas —abrió los ojos al tiempo que se lo decía.

—Claro que sí. Aparte, no es nada disimulada la manera en cómo la miras —sonrió cuando se lo dijo—, quiero tu bien y creo que esa joven lo será. Solo demuéstrole que no eres insensible —le aconsejó acariciando su mejilla masculina.

—Sí, sé que se lo tengo que demostrar pero por otra parte, pensé que no estarías de acuerdo en que una esclava se case conmigo —le contestó

asombrado.

—Achilles, en el amor no hay clase, solo hay bondad, comprensión, pasión y amor —le confesó—. Si la quieres y si te quiere, que es lo más importante los apoyaré. Si no, mírame a mí —le dijo dando por sentado su vida de joven, una vida que su hijo sabía también—. Ella es una niña muy dulce, que necesita el cariño y el amor de un hombre como tú y estoy segura que Selene, con el tiempo te querrá y te amará como tú te lo mereces —le admitió contenta.

—Muchas gracias por charlar conmigo —le dijo su hijo.

—Eres mi hijo, siempre estaré para ti. Te quiero, Achilles y mereces ser feliz, como yo lo fui con tu padre, ahora duerme una siesta —le respondió besando su frente y salió de la alcoba.

Pasaron los días en los cuales Achilles se preocupaba un poco más por Selene, sus conversaciones dentro de la sala de masajes eran muy privadas y la joven, cada vez se sentía un poco más confiada en él y el sentimiento era recíproco por parte del hombre.

Un día como cualquier otro, Selene salió a caminar por el imperio a pesar de lo inmenso que creía que era y le parecía un laberinto sinfín, tenía pasillos, los cuáles conducían a las habitaciones de los guardias y a otros rincones que la joven no estaba dispuesta a indagar más de lo debido. En uno de los pasillos se encontró ante uno que seguía recto hasta dar de frente con una sala de combate. Apenas oyó ruidos, espió por el resquicio de la puerta entornada y allí lo vio. Achilles practicando con su espada. Tenía el torso desnudo y una falda corta que cubría sus caderas.

Selene sin poder haberlo evitado, tropezó con la pata de un banco que estaba al costado de la puerta. El emperador cesó la práctica de inmediato cuando escuchó aquel ruido.

—¿Quién está ahí? —giró la cabeza en dirección a la puerta.

Selene se mantuvo callada y nerviosa.

—¿Quién está detrás de la puerta? —preguntó por segunda vez.

Al no contestar la joven, Achilles caminó directo hacia la entrada y la abrió de golpe. La muchacha al verlo frente a ella, no pudo articular una sola palabra. Solo gesticulaba con sus labios sin que pudiera salirle la voz.

—¿Qué haces aquí? —formuló con el ceño fruncido.

—Yo... pues... —intentó darle una explicación pero no consiguió nada.

—Entra —habló sin vueltas.

—Tengo que seguir con mis tareas, señor —le hizo una reverencia y trató de caminar con un paso hacia atrás.

Achilles la sujetó por el brazo intentando que entrara al cuarto.

—¿A qué has venido? —volvió a preguntarle.

—A nada, estaba caminando y no sabía que usted estaba aquí, señor —se excusó con pena.

—Eso no te lo creo —sonrió de costado.

—Si me quiere creer, créame pero yo me voy —sentenció con firmeza.

—Tú no te vas a ninguna parte, hasta que aclaremos las cosas tú y yo —sin dejar de sujetarla la hizo pasar dentro del cuarto de combate.

—Qué quiere aclarar, señor —le comentó sin tener idea de lo que estaba sucediendo.

—Por ejemplo, no ser tan seria conmigo, ¿o acaso te doy miedo? —arqueó una ceja mientras la miraba a los ojos.

—Ya le he dicho que no le tengo ningún miedo, señor —confesó rotundamente.

—Entonces, deja las formalidades de lado cuando estás a solas conmigo, deja de ser tan estrecha y seria —le manifestó con claridad.

—Solo hago mi trabajo, señor. No estoy para bromas —le admitió.

—Y yo menos —afirmó.

—Creí que su vida personal era una diversión, señor —ladeó la cabeza cuando se lo dijo.

—Te equivocas —apostilló.

—Si usted lo dice, señor —su tono sonó algo sarcástico.

—Deja de llamarme señor —le dijo Achilles acercándose a ella con sigilo—. Eres una mujer que no está para esta clase de trabajos —le expresó con honestidad y dándole a entender su trabajo en el imperio.

—Todas nosotras no estamos para esta clase de trabajos, señor —declaró con énfasis—. Y cuando le hablé del respeto, me refería a la noche en que

me espió mientras me iba a dormir, señor —le anunció con resolución.

Achilles no supo qué contestarle.

—¿Cómo lo sabías? —le interrogó uniendo sus cejas con intriga.

—Creo que es la intuición femenina la que te alerta de que alguien te está espiando sin que tú lo quieras —articuló con acierto.

—Mis más sinceras disculpas Selene —le confesó con sinceridad y algo de incomodidad.

—No debería estar mirando a sus esclavas, señor —le sugirió.

—No miro a ninguna otra, excepto a ti —su voz sonó tan seria y franca que la joven se lo quedó observando con suma atención.

Selene quedó confundida ante aquellas palabras pero supo también que aquel hombre estaba interesado en ella.

—No se arruine la vida por un capricho. Soy solo una esclava, señor —admitió.

—Eres una mujer ante todo Selene —declaró con franqueza sin dejar de mirarla a los ojos.

—Una mujer arruinada y sin futuro —manifestó ella—. Y si pretende que sea su amante, no caeré en sus encantos, señor —fue lo último que le dejó saber sin dudas.

—¿Me crees capaz de algo así? —cuestionó levantando sus cejas.

—Usted es un hombre con necesidades y tiene siempre a su disposición a cualquier mujer —le explicó.

—¿Por qué clase de hombre me tomas Selene? —frunció el ceño cuando escuchó lo que ella le había declarado.

—Es inmensamente rico, es un emperador, puede tener algo con cualquier mujer o puede tener a la mujer indicada con usted también si tiene intenciones serias con ella —contestó con énfasis.

Achilles antes de responderle prefirió alargar por más tiempo su grata visita, invitándola a practicar con él.

—Toma —le ofreció una espada.

—¿Y esto? —le preguntó Selene mirando el arma blanca.

—¿No sabes lo que es? —arqueó una ceja y sonrió de lado.

—Claro señor pero no lo entiendo —lo miró confundida.

—Es muy simple de entender, tu vas a practicar conmigo —le respondió con entusiasmo en su voz.

—Eso no lo haré —afirmó.

—Sí lo harás —confirmó—, quiero ver qué tan buena eres con una espada, si es que alguna vez has manejado una —comentó.

—Pero, ¿por qué yo?, tiene a los guardias si quiere practicar —formuló con intriga.

—A ellos no los necesito, ellos saben manejar una espada, en cambio tú —le dijo—, no lo creo —le afirmó sin tener idea—. Me quiero divertir un rato contigo. Y sobre todo, quiero que te saques la tensión que llevas encima desde que llegaste aquí —declaró con espontaneidad.

Selene lo miró por unos instantes y luego decidió que era una buena idea hacer lo que le decía.

—Está bien, si así lo quiere, lo haré, señor —respondió con sencillez.

—Pues toma la espada y deja de llamarme señor en privado —le confesó sonriéndole.

La joven tomó con firmeza la espada y enseguida comenzó el combate, el hombre era demasiado fuerte y ágil para Selene pero ella no se quedaba atrás tampoco.

Achilles se había quedado pasmado al comprobar que su rival era realmente buena y quedó aún más cautivado con la muchacha.

Uno de los movimientos hizo que el emperador quedara detrás de ella y aquello fue una señal que la joven aprovechó para empujarlo con su codo y hacerlo caer al piso. Selene llevó la punta de su espada al cuello del individuo y de aquella manera había dado por finalizada la práctica.

El hombre le sonrió abiertamente y Selene no dejó de apuntarlo.



Capítulo 8

06 | *Declaraciones*



Ninguno de los dos hablaba en aquel momento y fue el turno de Achilles hablar por ella.

—¿Piensas matarme? —le preguntó de manera sarcástica.

Achilles tomó la espada por el mango y la tiró al suelo.

—¿Me cree capaz? —cuestionó sorprendida.

—No te atreves a matarme —le contestó mientras se levantaba del piso.

—No tenía intenciones de matarlo, señor —ella se apenó.

—Por la manera en cómo te habías puesto, parecía que sí —le dijo con diversión.

—No podría matarlo nunca, señor. Después de lo que ha hecho por mí, le estoy agradecida —le confesó.

—Eras una joven de buena familia, lo que les han hecho a las demás y a ti, no tiene nombre —declaró con algo de incomodidad.

—Me conformo con haber quedado viva de aquel incendio y de no habernos matado —admitió.

—La mayoría de las veces cuando ocurren estas cosas, a las más jóvenes las ponen en cautiverio para ser vendidas como esclavas o las usan para otros asuntos que ni siquiera es bueno nombrar —comentó con vergüenza en su voz.

—Creo suponérmelo —le dijo.

La conversación había quedado pospuesta allí mismo y Selene no se atrevía a hablar más, a menos que él hablara primero.

Achilles se acercó más a ella mientras la retenía de una de sus muñecas por miedo a que la joven escapara de él.

Selene miró con asombro aquella mano masculina alrededor de su muñeca y tragó saliva con dificultad, alzó la cabeza para mirarlo a los ojos con atención y un poco de nervios también.

—¿Creíste que luego de esta pequeña conversación te dejaría ir tranquila?
—le preguntó en un susurro que solo ella escuchó.

Ambos se quedaron en silencio, viéndose a los ojos, el juego de miradas que hacían entre ellos despertaba los sentidos por ambas partes.

—¿Qué te sucede? —le preguntó él.

—Nada —afirmó.

—¿Segura? —volvió a interrogarla.

—Sí, segura —comentó enseguida.

El emperador inclinó la cabeza hacia el rostro de la muchacha y posó sus labios contra los femeninos. Selene ante aquel roce se separó un poco de él.

—¿Por qué te quieres separar de mí? —frunció el ceño con intriga y mirándola con fijeza.

—Ábrame la puerta —le contestó ella.

—Primero contéstame la pregunta —dijo con seriedad.

—No me gusta la manera que tiene en dejarme mal parada, me hace sentir incómoda y fácil, señor —le respondió casi dándole la espalda.

—¿Tú? —abrió los ojos un poco más y levantó las cejas—. ¿Fácil? —repitió con asombro—. Eres un enigma difícil de resolver y te aseguro que me estás siendo más difícil de lo que pensaba —confesó con certeza—, pero a pesar de eso, me gusta cuando te pones así —admitió con una sonrisa.

Selene quedó callada ante aquellas palabras.

—Prefiero irme de aquí, si no tiene más nada que decirme —giró en sus talones para hablarle—, me gustaría salir de aquí y seguir con los labores del imperio, señor —le dedicó una inclinación de cabeza.

—Todavía no terminamos de hablar tú y yo y por cuarta vez, deja de llamarme señor y usted cuando estamos a solas —apostilló exasperado.

—No sé de qué quiere seguir hablando conmigo, señor.

—¿Por qué eres tan terca cuando te digo las cosas? —bufó ante su respuesta.

—No sé de lo que me está hablando, señor —le volvió a decir ella.

—De eso mismo, del señor cada vez que terminas una frase —replicó con énfasis.

—No puedo evitarlo, merece mis respetos —le habló con seriedad en su voz.

—Tú te mereces los míos también —confesó con honestidad y ella se quedó de piedra ante sus palabras.

—Soy una simple esclava —refutó.

—Eres mujer ante todo —expresó con tanta franqueza que Selene se puso más nerviosa que antes.

—¿Por qué intenta ser tan amable conmigo? —cuestionó con incomodidad.

—No lo intento —le dijo—, soy amable contigo porque me gustas Selene —le dejó saber con toda la sinceridad con la que pudo.

—Es imposible que guste de mí —le comentó abriendo los ojos un poco más—. Creo que será mejor que me vaya —le dijo intranquila pero él la retuvo.

—No te irás hasta que nos digamos las cosas cara a cara —le admitió—. Sé bien la manera en cómo me miras y estoy seguro que sabes bien la forma en cómo yo te miro a ti también —le replicó para que aún no se fuera de allí.

—Eso no tiene nada que ver —se excusó intentando que le creyera—, puede que lo mire por curiosa que soy —le dijo pero él supo que estaba mintiendo.

—Esa no es la forma de mirar a alguien y menos si te atrae —le contestó sin titubeos Achilles—. Sé que no eres ninguna tonta Selene y sería bueno que me dijeras lo que piensas o sientes por mí —la acorraló con sus palabras.

—¿Porqué habría de hacerlo? —le espetó algo molesta e incómoda—. Si piensa que le diré algo, se equivoca, las posiciones en dónde nos encontramos no son las favorables, por ninguna de las dos partes

—expresó con tanta convicción que él se quedó petrificado.

Achilles escuchó atentamente aquellas palabras y luego la interrumpió;

—Le conté a mi madre sobre ti —le confesó sincero y la joven lo miró a sus ojos con detenimiento—, no me mires así, ¿por qué te sorprendes? Eres preciosa y una buena mujer —le manifestó con genuina honestidad—. Le dije que me gustas y que me enamoré de ti desde el día que llegaste aquí, eso es lo que pretendí decirte pero traté de mantenerte alejada de mí —suspiró relajado de habérselo dicho—, por ese mismo motivo pero me fue imposible, ganaste mi corazón y te aseguro que no pienso retroceder con esto que siento por ti —admitió sin ninguna duda en su masculina voz.

—Pertenece a la realeza y yo soy una mujer de clase baja —sus cejas bajaron cuando se lo dijo porque era verdad.

—No me importa Selene —negó con la cabeza al tiempo que lo afirmaba con su voz.

—Por más que le haya hablado a su madre sobre mí, jamás permitirá que su hijo se mezcle con una de sus esclavas —respondió con pesar.

—Ya lo hizo —le respondió y la joven se lo quedó mirando confundida.

—¿Cómo? No lo entiendo —le contestó más confundida que antes.

—Te aceptó. Cuando le hablé de ti, se puso muy contenta, cree que eres una buena joven y la indicada para mí —le regaló una sonrisa cuando la miró.

—¿Comprende que es una locura lo que dice? —se asustó ante la confesión de él.

—No veo ninguna locura dicha, solo un hombre enamorado de una mujer —manifestó con franqueza.

Selene bajó la mirada ante las palabras sinceras del hombre que tenía frente a ella y tragó saliva cuando no supo qué más decirle. No le salían las palabras, solo sentía un manojito de nervios en su estómago y la posibilidad de ser amada por alguien.

—¿Selene? —la llamó de forma interrogativa.

—¿Qué? —le preguntó ella levantando su cabeza al tiempo que lo observaba a los ojos.

—¿No me dirás nada? ¿No te parezco un buen hombre o por lo menos, agradable para ti? —quiso saber.

—Sí, me parece muy agradable, señor —aún continuaba con la formalidad—. Y me gusta también —le dijo entre incómoda y nerviosa también.

—Deja de lado la formalidad por favor y dime Achilles aunque sea cuando estamos a solas —le contestó.

—Está bien Achilles —le dijo.

—¿Ves que no ha sido tan complicado decir mi nombre? —le formuló mientras se reía con sutileza, solo para que ella se relajara.

—No, veo que no —le respondió y le sonrió.

—¿Estás más tranquila ahora? —preguntó preocupado.

—Un poco aunque todavía no me deja tranquila saber lo que pasará con nosotros —tocó con nervios el cordón que llevaba a la cintura de su vestido—, si los demás se enteran que tú y yo estamos teniendo una relación, tendrás problemas —frunció el ceño con angustia.

—La única que te tiene que importar, es mi madre y ella, apoya esta relación —le declaró con certeza.

—Si tu madre ya me aceptó y apoya lo que comenzamos a tener, está bien pero los demás y tu pueblo, ¿qué dirán? —cuestionó con muchas dudas y preocupación.

—No debes afligirte por eso, yo sé bien que los demás y mi pueblo te aceptarán —le contestó con una sonrisa y tocando una de sus mejillas con suavidad.

—En ese caso, intentaré tranquilizarme un poco más —volvió a sonreír con sutileza—, ¿puedo salir? —le preguntó.

—Antes creo que debemos sellar nuestra relación, ¿no te parece?
—arqueó una ceja al tiempo que la observaba con fijeza y dulzura.

—¿Sellarla? —le formuló intrigada y abriendo los ojos más de la cuenta.

—Sí, sellarla con un beso —le expresó.

El hombre no le dio tiempo a Selene a que respondiera algo más, solo se inclinó otra vez hacia su rostro y con sus dedos sobre la barbilla de la muchacha, la besó al instante en que levantaba un poco su cabeza para

tener más acceso a sus labios.

El ósculo fue corto y suave, pronto se separaron pero Achilles retomó el beso para que esta vez fuera el verdadero. La tomó por la nuca y profundizó más el beso, ella dejó que la besara de aquella manera mientras que con dudas lo abrazaba por el cuello, solo para sujetarse por miedo a flaquear porque estaba tan nerviosa que dudaba si podía mantenerse en pie. Cuando la sostuvo de las mejillas la miró a los ojos y le volvió a hablar;

—Siento curiosidad por saber algo.

—¿Qué quieres saber? —preguntó ella.

—¿Cómo sabías manejar la espada? —unió las cejas con intriga.

—Mi padre me enseñó —sentenció.

—Eso es bueno —asintió con la cabeza también.

—Sí, él siempre me decía que una mujer aunque no esté bien visto, tiene que poder defenderse de alguien que quiera hacerle daño —confesó.

—Y concuerdo con él —afirmó—. De verdad, me sorprendió que supieras combatir y saber manejar así de bien la espada —le declaró con acierto.

—Supongo que sí, ya que no es muy común ver a mujeres manejar una espada o hacer algo que realice el hombre también —manifestó con firmeza.

—Me gusta que lo sepas —le regaló una sonrisa mientras se lo decía—. Eres una guerrera y por eso y mucho más, mereces todos mis respetos —fue él quien se inclinó ante ella.

La muchacha quedó petrificada cuando vio el gesto de él hacia ella y se avergonzó por aquello.

—Por favor, no lo hagas más —le expresó con pena—, tú no debes hacerme eso.

—Querida, si nuestra relación para ti es seria y da sus frutos... vas a tener que acostumbrarte a que me incline ante ti, te guste o no —emitió con honestidad absoluta—, no es una vergüenza para mí hacerte la reverencia.

—Se supone que solo los que nacen nobles reciben las inclinaciones de

cabeza de los demás y no al revés —habló con la voz quebrada.

—Pues te equivocas pero si para ti es incómodo, no lo haré más hasta el día en que te despose —confesó con anhelo y sinceridad.

—Tú no sabes eso Achilles, puede que te aburras de mí pronto y lo entenderé si sucede eso —admitió sin vueltas.

—¿Por qué debería ser yo quien se aburra? —le inquirió con intriga—, puede que tú te aburras de mí y decidas dejarme —anunció con certeza en su voz.

—Si sucediera eso, si alguien te dejara, si yo te dejara estoy más que segura que te las cobrarías. Eres poderoso y sé bien que harías daño —respondió con algo de angustia en su voz.

—¿Me crees capaz de algo así? —abrió mucho más los ojos—, entonces me consideras un monstruo.

Selene tragó saliva con dificultad y no supo qué decirle más.

—Lo siento, no debí decirte eso —frunció el ceño y agachó la cabeza—, no eres un monstruo, para nada lo eres pero eres emperador y se supondría que si sucediera eso, deberás poner mano dura a la situación —comentó para que la entendiera también.

—Una relación es de a dos y si las cosas no funcionan, uno o el otro terminará la relación pero en ningún momento te haría pagar algo que ya de por sí es natural. No eres mala conmigo —le dijo y vio que la joven estaba por hablar también—, deja de lado el puesto que ocupas aquí ahora, por favor. No te lo estoy diciendo por eso, Selene eres buena y amable y tienes bondad también, sabiendo yo esas virtudes, ¿te parece que te haría daño si la relación no funciona? —le preguntó tratando de dejarle ver las cosas—, diferente habría sido si me muestras una cara y terminas siendo otra persona —declaró—, ¿lo comprendes ahora? —la observó a los ojos con atención.

—Sí, te entiendo —le asintió con la cabeza mientras se lo decía también.

Él volvió a besarla y pronto salieron de la sala de combate y cuando abrieron la puerta, se encontraron cara a cara con Atenea. Selene ante la incomodidad que sintió en aquel instante prefirió ponerse detrás de Achilles.



Capítulo 9

07 | Celos enfermizos



Achilles trató que la joven quedara a su lado pero la incomodidad de ella era lo que más fascinación le producía al hombre y terminó por hablarle de manera respetuosa pero seria a su madre.

—Madre, como ya sabes estoy enamorado y lo único que quiero es ser feliz, por eso quiero anunciarte que en una semana me caso con Selene —le dijo y la joven miró con perplejidad la nuca del hombre.

—Hijo, es lo más hermoso que oí decirte, me alegro mucho por ti y por Selene —le comunicó asomándose para observarla detrás de Achilles—. Sé que van a ser muy felices, se lo merecen. Ella es lo que necesitas —le respondió y Selene quedó confundida por sus palabras.

—Lo sé madre, por eso me enamoré perdidamente de ella. Y sé que es la correcta —confesó el hombre sin titubeos.

—Selene, ¿por qué no sales de allí? A partir de ahora tendrás que estar a su lado y no por detrás. Serás la futura esposa de mi hijo, debes mantenerte a la par de él —le contestó mientras la joven se hacía ver—, no me enojaré contigo si a eso le tienes miedo, ¿cómo puedo enojarme contigo, si tú fuiste la que lo ha cambiado para bien? —le formuló con una sonrisa—. Te estoy agradecida —acotó abrazándola por el cuello y se echó a llorar de felicidad.

Selene quedó petrificada ante la actitud espontánea de su futura suegra y con dudas y algo de incomodidad posó sus manos a los costados de la cintura de la mujer. Atenea se separó de la muchacha para mirarla con atención a los ojos.

—No sé qué decirle señora —emitió dubitativa.

—Solo hazlo feliz. Eso es todo lo que te pido —le respondió.

—Lo intentaré.

—Estoy segura que lo harás —le dijo con una sonrisa.

La madre del hombre besó la frente de Selene y el rostro de la joven quedó impávido, jamás habría creído que aquella mujer actuara con tanta

naturalidad frente a ella y que le regalara aquel gesto como si fuera una hija más. Los ojos de la esclava se llenaron de lágrimas al recordar a su madre.

Enseguida se recompuso cuando sintió el liviano aire del ambiente golpearle la cara.

—Iré a seguir con mis cosas que las dejé pendientes —les notificó—, nos vemos pronto.

Cuando los dos quedaron a solas, él aprovechó en volver a besarla.

A medida que los días pasaban, la relación entre Selene y Achilles cada día florecía un poco más, a tal punto de que el hombre le dijera que la amaba. Ese día fue cuando Achilles anunció a los presentes que contraía matrimonio con Selene. Todos los presentes se mostraron contentos y respetuosos ante aquella noticia pero Olimpia había sido la única que se encontraba en cierta forma, distante con el resto de las esclavas y su amo.

El hombre y su amada luego de la cena, se retiraron a la terraza principal del palacio en donde se quedaron a solas para poder hablar con más tranquilidad.

—Soy el hombre más feliz del mundo —le expresó con sinceridad Achilles.

—Me alegro que lo seas, yo... todo esto es nuevo para mí, de ser una simple joven, pasé a ser una esclava y de esclava a la esposa del emperador. No me veo en un papel semejante —frunció el ceño con pesar.

—¿Por qué no? Tienes todas las cualidades de una emperatriz —le aseguró con una sonrisa.

—Eso piensas tú pero no creo que las tenga. ¿No crees que es demasiado apresurada la unión? —le preguntó con incertidumbre.

—Selene, quiero desposarte —le afirmó al mirarla a los ojos.

—¿Por qué quieres que nos casemos tan rápido? —cuestionó con dudas.

—Porque te amo, esa es la verdad. Comencé a amarte, no sé cuando lo hice y me siento muy bien de poder amarte —le confesó y ella se sorprendió aún más.

—Yo no puedo decirte eso porque me parece que para esas cosas se necesita algo de tiempo pero te tengo mucho cariño —le dijo con

sinceridad absoluta.

—Sé bien lo que sientes por mí. Sé que en el fondo me amas también pero entiendo también que todo te ha llegado precipitadamente —le expresó acunando su rostro entre sus manos.

—Gracias por comprenderlo. No es que no sienta nada por ti, al contrario pero...

—Pero respeto tus tiempos, sé los sentimientos que tienes hacia mí, no te obligo a que me los digas, cuando te sientas segura, me lo dirás —admitió con honestidad y volvió a besarla—. Pero esto no cambia en nada, quiero casarme contigo y lo haremos Selene —respondió con una sonrisa.

—Lo sé Achilles —le dijo ella sonriéndole también.

A la mañana siguiente, cuando aún nadie estaba levantado, Olimpia salió del imperio rumbo a los puestos de los comerciantes para hablar con un viejo amigo. La mujer recorrió desesperadamente cada tienda en su búsqueda, que en los viejos tiempos, pasaban buenos momentos. Lo encontró en una tienda donde vendía alimentos, frunció el ceño cuando recordó que años atrás solía vender alfarería. Se dirigió hacia el puesto y se plantó delante de él, su amigo levantó la cabeza y la miró a los ojos de manera sorpresiva cuando la vio.

—¿Olimpia? ¿Qué haces aquí? —le preguntó intrigado.

—Hola Espartacus, vine a visitarte —le habló con fingida amabilidad.

—No lo creo, tu no eres de visitar a los amigos, tu vienes por algo —declaró sin vueltas.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó de manera ofendida.

—Porque es la verdad, siempre que viniste era para algo y ahora no dudo en que sea lo mismo —replicó tajante.

—Creo que contigo no puedo mentir, sí, necesito un favor —acotó sin irse del tema.

—No cuentes conmigo —negó con la cabeza.

—¡Por favor, necesito tu ayuda! Es muy importante para mí —gritó con desesperación.

—Lo siento pero no caeré otra vez en tu telaraña.

—Solamente esta vez y nunca más te pediré algo. Y luego —le contestó de manera insinuante—, veremos como te recompenso por hacerlo —le dijo con una mirada seductora.

—¿Qué quieres esta vez? —cuestionó sin más.

—Sabía bien que no me ibas a fallar —sonrió con malicia—. La semana próxima se celebrará el casamiento del emperador con una insignificante esclava. ¡Quiero que impidas esa unión! ¡Cueste lo que cueste! —le gritó entre dientes de rabia y furia contenida.

—No lo voy a hacer —le respondió rotundamente.

—¡Lo harás, me diste tu palabra! —le dijo en tono amenazante y apuntándolo con el dedo índice.

—¡No voy a arruinar algo que solo tú quieres hacer! —le gritó enojado.

—Quiero hacerlo porque no sabes cuanto la odio —apretó los dientes y las manos las cerró formando puños—, desde que llegó al imperio solo se hizo la víctima, piensa que va a casarse tan fácilmente, ¡y está muy equivocada! —dijo histérica.

—Siempre has querido tener algo con tu emperador —le manifestó— y el hombre jamás ha puesto sus ojos en ti, solo tú te has creado esa fantasía de algún día ser su esposa. Tienes celos y los celos te comerán viva —le advirtió.

—Sí, tengo celos, celos de verlos juntos, celos de ver como se quieren, celos de ver como él se desespera por ella. No lo soporto, por eso quiero destruir lo que habían comenzado —apostilló con énfasis—, ¡quiero verla destruida, porque se merece eso y más, por quitarme al hombre que siempre he amado! —le contestó gritando y enfurecida.

—Él nunca te quiso. Esa es la realidad —le zanjó.

—Pero me querrá, cuando vea la clase de mujer que resultó ser Selene —le expresó de forma maliciosa y con una sonrisa de costado—. Por eso, quiero que te aparezcas ese día en el imperio y les digas a todos los presentes que ella no es la persona que parece ser, que ella está casada con otro hombre y que por eso mismo se escapó —rio con maldad—. Cuando Achilles lo sepa, quedará destruido pensando en que le creyó todo lo que ella le había dicho, yo lo encontraré triste y en aquel momento aprovecharé para borrarle todo atisbo de dudas para que termine dándose cuenta que yo soy la verdadera mujer para él —le expresó todo aquello con ruindad en sus palabras mientras que su amigo la miraba

desconcertado.

—Sí, lo confirmé, estás completamente loca —aseguró de nuevo.

—¿Lo harás o tendré que buscarme otro hombre? —le interrogó con los puños a los costados de la cintura.

—¿Cómo piensas que me creerán la sarta de idioteces que me has dicho? —cuestionó de manera seria.

—Pues muy fácil, te harás pasar por su marido. Y entregándole un papel a Achilles diciendo que eres el dueño de ella, con eso te creerá y caerá fácilmente en la trampa —le explicó su plan.

—Eres maquiavélica cuando te lo propones.

—No lo soy, solamente quiero lo que me pertenece —declaró con seriedad.

—El emperador no te pertenece Olimpia y es posible que él pertenezca solamente a aquella mujer que dices odiar —le dejó saber.

—El emperador me pertenece solamente a mí y a nadie más —dijo furiosa cuando escuchó la respuesta de su amigo—. Siempre lo he amado.

—Ese amor jamás fue mutuo. ¿Qué piensas hacer si no te acepta? —arqueó una ceja al tiempo que la miraba.

—Por lo pronto procura que te crea con esa mentira, Achilles es demasiado manejable —admitió.

—Está bien, lo haré.

—Así me gusta —sonrió de lado.

Por otra parte, en el imperio ya se estaban comenzando a preparar los preparativos para el futuro casamiento.

—Achilles, ¿invitarás a todas estas personas? —cuestionó asombrada la joven.

—Sí, ¿por qué no?

—¿No te parece que son demasiadas?

—No, quiero que estén todas estas personas para que vean y sepan lo feliz que soy al tener a alguien como tú —le confesó y ella enrojeció como

una grana—. ¿Por qué te pones así? —preguntó al observarla.

—¿Así como? —volvió a interrogarle.

—Te sonrojas cuando te digo algo.

—Por nada, es que todo lo que me dices me parece raro pero no me siento incómoda.

—¿Y por qué? Sabes que todo lo que digo es verdad y no lo puedes negar, ¿o sí? —se acercó a ella para depositarle un beso en la comisura de sus labios.

—No, no lo puedo negar —le contestó ella y él terminó por besarla en los labios.

Mientras que el hombre y la mujer decidían sobre su matrimonio, la madre del emperador pasó frente a ellos.

—Madre, ¿has visto a Olimpia? —quiso saber su hijo.

—No Achilles, creo que ha salido —le comentó.

—¿Y pidió permiso para salir? —remató.

—Tal parece que no, cuando las demás esclavas se levantaron, su cama estaba arreglada, por lo que creemos que se ha ido desde muy temprano del imperio, nadie sabe dónde fue —contestó para ambos.

—Está bien pero dile cuando llegue, que quiero hablar con ella —le comunicó.

—Se lo haré saber cariño. ¿Cómo van los preparativos? —preguntó con curiosidad.

—Bastante bien, ¿no quiere ayudarnos? —fue Selene quien se atrevió a preguntarle.

—Tengo que hacer algo que se me ha atrasado. Lo siento pero creo que ambos tienen que decidir esas cosas —sonrió al tiempo que se los decía.

—De acuerdo madre —le contestó él y la mujer siguió su camino.

—¿Qué le quieres decir a Olimpia? —formuló la muchacha.

—Cuando llegue, lo sabrás —acotó sin más que decirle.

Olimpia arribó al imperio poco tiempo después, encontrándose en la sala principal con la pareja. La mujer quedó descompuesta cuando vio a los dos darse un beso. El emperador vio de reojo a alguien observarlos con atención y cortó el ósculo bruscamente.

—¿Me podrías decir dónde te encontrabas? —le preguntó en tono autoritario.

—Achilles, no seas así con ella —le dije en un susurro y Olimpia se sorprendió cuando lo llamó por su nombre.

—Fui a visitar a un amigo y a comprar algunas cosas que me encargó su madre —mintió en la segunda respuesta.

—Saliste mucho antes de que las demás esclavas se despertaran Olimpia. Por lo que me estás mintiendo —sentencia.

—Lo siento señor, no volverá a suceder —inclinó la cabeza.

—¿Dónde estuviste Olimpia? —le volvió a repetir.

—Fui a visitar a un amigo, preferí hacerlo antes que las demás se levantarán para no atrasarme con las labores del imperio —admitió.

—¿Y por qué me has mentado en decirme que mi madre te encargó varias cosas para comprar? —cuestionó otra vez.

—Porque creí que no me dejaría salir para visitar a mi amigo —le dijo.

—Olimpia, eres una de las esclavas más antiguas que tengo, debías de habérmelo dicho porque no iba a impedirme la salida, por esta vez la dejaré pasar pero para la próxima me pides permiso. ¿Lo has entendido? —preguntó.

—Sí, muchas gracias señor —volvió a inclinar la cabeza frente a él.

—Una cosa más, quiero que mandes a llamar al mejor costurero y orfebre del país para que le confeccionen todo lo necesario para la unión y todo lo que lleve consigo y, varias otras cosas más —le dijo seriamente y Selene lo miró sorprendida.

—Como usted diga señor —asintió con la cabeza.

—Ahora puedes retirarte, te llamaré en cuanto terminemos aquí.

—Sí señor —le contestó ella y se retiró luego de hacer una pequeña

reverencia.

—Achilles, no quiero que traigas a ningún costurero ni a nadie, ni quiero elegir nada —admitió la joven—. Me pondré lo que tengo. No me siento para nada cómoda que Olimpia me acompañe en la reunión con esas personas, recuerda que he sido una esclava al igual que ella y sinceramente no estoy segura que sería lo ideal —respondió con dudas y algo de miedo.

—Tú elegirás y te pondrás lo que quieras, sino me enojaré contigo —sonrió mientras la abrazaba por los hombros.

—No es cuestión que te enojés conmigo o no. Es saber que ella estará conmigo —le comunicó con incomodidad—. Si quieres que acepte de acuerdo pero prefiero que me acompañe otra persona en ese momento —afirmó.

—Me lo dices como si sospecharas de algo —la miró directo a los ojos—. Como si sospecharas de Olimpia, creí conveniente que ella te acompañara porque es con la persona que más has hablado desde que has llegado —le dejó saber.

—Confías en ella y lo comprendo. Pero siento que desde que has anunciado nuestra unión, ella se comporta muy distante conmigo —confesó sin darle más vueltas al asunto.

—No me interesa cómo se comporte. No me interesan sus sentimientos —aseguró con seriedad.

—¿No crees que esté celosa por esto? —interrogó con apremio en su voz.

—No me interesa tampoco si está celosa —respondió—. No la he elegido a ella y lo lamento pero es la verdad, Olimpia jamás me ha gustado —expresó con absoluta franqueza.

Mientras que el emperador le confesaba esas cosas a Selene, Olimpia se encontraba detrás de una columna algo alejada de ellos, escuchaba cada palabra de Achilles y con más rabia odió a la muchacha.



Capítulo 10

08 | *Cariño mutuo*



Olimpia se tragó el llanto y contuvo el grito de rabia ante las palabras que escuchó de boca de su emperador y volvió a escuchar con atención la conversación que ambos continuaban manteniendo.

—Está bien, lo entiendo pero no tienes que ser tan así y si quieres que vengan esas personas lo acepto pero no con ella —le pidió—, por favor.

—De acuerdo. Solo intento darte lo que una vez te quitaron y que mereces —le declaró sujetándola de las manos y mirándola a los ojos.

—Sabes que no me siento aún cómoda en tener comodidades y que tú me quieras comprar cosas, siento que los demás piensan que me estoy aprovechando de ti —le confesó con incomodidad.

—No lo sientas así porque si te digo eso es porque quiero que tengas todo —le comentó—. No me importan los demás pero sé que los que trabajan aquí dentro y el pueblo te están tomando cariño y sobre todo respeto —le afirmó con sinceridad.

—Si tú lo dices —le respondió poniéndose en puntas de pie y dándole un beso en los labios.

Olimpia aún escuchaba cada palabra que se decían y como lo besaba. Más odio tenía por Selene.

¡Maldita! ¡Arrastrada! Te aprovechas de alguien con poder para sacarle todo lo que tiene pero no te será tan fácil llegar a ser emperatriz —pensó con maldad y asomándole una sonrisa malévola.

—¡Sarah! —llamó de un grito a su otra esclava y Olimpia se sorprendió.

—¿Me llamaba señor? —le preguntó y desvió la vista hacia la columna que tenía frente a ella para clavar sus ojos en los de Olimpia, la cuál la miró con atención para que no la delatara.

—Sí, quiero que acompañes a Selene el día en que estén presentes el costurero, el orfebre y un par de personas más para que le realicen todo lo necesario para su boda y los siguientes días —le comentó—. Ya le he dado el encargo a Olimpia para mandarlos a llamar y supongo que entre

mañana y pasado estarán aquí por lo tanto, procura no salir del imperio en los próximos dos días, si mi madre te lo pregunta, dile que Achilles te lo pidió.

—Sí señor —le contestó luego de hacer una pequeña reverencia—. Con su permiso me retiro.

El siguiente día para Selene había sido intenso por todo lo que tuvo que pasar desde temprano por la mañana hasta cuando el sol cayó y solo tuvieron un tiempo libre en el horario del almuerzo. Había caído rendida sobre el colchón cuando la luna se asomó por el ventanal que daba a su nuevo aposento.

Un día antes de la unión Achilles invitó a Selene a su alcoba.

—Ven pasa —le dijo él, invitando a pasar primero a ella.

—No Achilles, si nos ve tu madre no le gustará —le respondió algo incómoda.

—No dirá nada, sabe como eres y no pasará nada con mi madre.

—Pasaré solo unos minutos.

—Está bien —cerró la puerta y dio dos vueltas a la llave.

—Achilles, ¿qué crees que estás haciendo? Vuelve a abrir la puerta, ahora —le habló de manera autoritaria y cruzó los brazos sobre su pecho.

—¡Qué miedo! ¿Qué me harás? ¿Intentarás cortarme el cuello como la otra vez? —le decía arqueando una ceja.

—No. Pero no me gusta que cierres la puerta con llave —le dejó saber.

—La cierro así no te me escapas. Y aunque me pidas que abra esa puerta, no lo haré, porque esta noche no te voy a dejar ir.

—¿Por qué? ¿Ahora que hice? —preguntó desconcertada y abriendo los ojos con desmesura.

—Nada, solamente quiero que te quedes conmigo esta noche —le besó las manos.

—¿De verdad? —cuestionó asombrada.

—Sí, sé que piensas que es apurado y que tendría que esperar a mañana

pero...

—Yo también lo quiero Achilles —le declaró sin vueltas.

—Te amo Selene —le confesó besando el costado de su cuello.

—Y yo te amo también —lo abrazó por el cuello mientras se relajaba con aquellos besos.

Achilles se sorprendió al escuchar esas palabras de la boca de su futura esposa, eran las palabras que siempre había esperado escuchar de ella y al fin las oía.

Se besaron mientras ella acariciaba su nuca y su pelo, él quitaba las pequeñas hojas doradas del cabello de ella y luego puso sus manos en la espalda de la joven. Se separó un poco de la muchacha solamente para mirarla a los ojos con devoción.

—¿Por qué me miras así? —lo escrutó.

—Por nada, ¿no puedo mirarte? —formuló con una sonrisa mientras la miraba.

—Sí, pero me pones incómoda —admitió.

—Te vas a tener que acostumbrar a que te mire así las veces que quiera —mordisqueó su barbilla.

—Está bien —rio por lo bajo cuando sintió el suave mordisco.

Achilles la besó con pasión y volvió a posar sus manos en el cuerpo femenino, a medida que se besaban, las manos del hombre fueron hacia el lazo de la cintura para desatarlo y con un simple movimiento dejó caer la vestimenta de la joven hacia el piso. Selene había quedado completamente desnuda frente a él.

El emperador la miraba embelesado y con total amor. La muchacha sentía que sus piernas comenzaban a flaquear de nervios pero él luego de depositarle un beso en los labios, la abrazó contra su cuerpo.

—¿Tú no te desnudarás? —le preguntó entre risas.

—Sí y si quieres puedes desnudarme —le respondió con una sonrisa.

Selene se sentía nerviosa y un tanto temerosa de lo que iba a pasar pero aun así le demostró que no iba a retroceder y posó las manos en su cuerpo para poco a poco despojarlo de sus vestimentas también. La joven quedó roja de la vergüenza y sintiéndose expectante de igual manera.

Después de un profundo beso, Achilles la levantó en sus brazos y la llevó hacia su cama donde la recostó delicadamente acostándose él a su lado y seguir acariciándola con su boca dándole pequeños besos por toda su piel.

—Selene —la nombró.

—¿Sí? —habló casi dormitando de placer.

—¿Estás segura? —formuló con dudas él también.

—Sí, lo estoy —le aseguró regalándole una sonrisa—. Nada de lo que me digas me hará cambiar de opinión. Solo estoy un poco nerviosa —admitió.

—No tienes que estar nerviosa, estoy yo aquí para cuidarte —le confesó con total ternura y sinceridad en su voz.

—Lo sé —le dijo sujetándolo de las mejillas y dándole un beso.

La pareja se abrazó y se besó con ternura y una pasión que comenzaba a despertarse alrededor de ellos. Pronto se amaron por vez primera y varias horas después yacían abrazados y mimándose sin emitir una sola palabra, solo mirándose y sonriendo como dos completos enamorados.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupado.

—Sí, estoy muy bien —le dijo con la voz somnolienta.

Una vez que ella le terminó de responder, cerró los ojos y la contempló dormir con afecto y amor, él le dio un beso en la frente y otro en sus labios, la abrazó por su cintura y se acurrucó más contra ella para dormir con tranquilidad.



Capítulo 11

09 | *El día esperado*



La mañana de aquel día, había amanecido con tranquilidad y en silencio. Achilles fue el primero en despertarse o eso él creía.

—Buenos días —le dijo al oído.

—Buen día —le contestó abriendo los ojos y dándose vuelta para mirarlo.

—Creí que dormías —le respondió con una sonrisa.

—No he podido dormir más desde cuando comenzó a clarear —le emitió con un suspiro.

—Puedo entender el porqué —le replicó y la besó.

—Estoy muy nerviosa por todo —le comentó intranquila.

—Es normal que lo estés Selene —le acarició la mejilla.

—Sí pero no es solo por nuestra unión, es por algo más y que no me está dejando tranquila, no son nervios de una expectación agradable —le contestó y se sentó en la cama.

—¿Por qué lo dices? —preguntó sentándose él también y masajeando sus hombros para calmarla un poco.

—Lo digo porque así lo siento —articuló— y quizá tendrá algo que ver Olimpia con mis nervios.

Achilles rio ante la confesión de la joven.

—No puedes atribuirle tus nervios a alguien.

—Perdón si te ofendes pero, ¿eres tan obtuso que no miras más de tu nariz? —cuestionó con preocupación—, yo sé que aquí eres el jefe y sé el puesto que tengo pero por una vez me gustaría que me escucharas y estés atento a los cambios de humor de Olimpia, era una persona antes de comenzar lo nuestro y desde el momento en que lo supo es otra muy

diferente —expresó con firmeza.

—Tienes el lugar que te mereces Selene y ese es el estar a mi lado —le confesó dándole un beso en la frente— y de acuerdo, estaré atento a ella.

—Gracias por tener en cuenta lo que te acabo de decir. —Le dijo un poco más aliviada—. Debo irme, no quiero que me vean salir de tus aposentos. No quedará bien —manifestó.

—En unas horas estaremos casados, no le veo el problema —replicó regalándole una sonrisa y besando su mejilla.

—Lo sé pero me da un poco de vergüenza por tu madre si llega a verme salir de aquí —se puso incómoda sintiendo sus mejillas arder.

—Es una mujer muy comprensible y no te diré nada malo —le aseguró con una sonrisa al tiempo que la miraba—. ¿Has estado bien durante la noche? —quiso saberlo.

—Sí, incluso no supe cuándo me quedé completamente dormida. Supongo que es normal que suceda eso.

—Así es, más si es tu primera vez Selene —admitió dándole un beso en los labios.

—Eres muy lindo Achilles y me gusta mucho tu forma de ser, no la que le dejas ver a los demás, sino la que muestras frente a mí pero así como yo la conozco, me gustaría que no seas tan autoritario con los demás. A veces no todo se consigue con mano dura —respondió con afirmación.

—A veces lo debes ser para que no se pasen de la raya pero trato de cambiar eso, mi madre me ha dicho lo mismo, cree que con menos voz autoritaria se obtienen las cosas —declaró—, y sé que parte del cambio que estoy intentando tener hacia los demás es gracias a ti. Eres buena y maravillosa, como pocas personas he conocido. Y sé bien que las jóvenes que han llegado están muy agradecidas contigo —le confesó.

—¿Por qué lo crees así? —le cuestionó con incredulidad.

—Porque a veces me cuentan esas cosas Selene. A pesar de que a veces tengo muy mal carácter, pregunto y me cuentan. El grupo con el que viniste te tiene un gran aprecio porque si no fuera por ti, ellas habrían terminado en otro lugar y ninguna de ellas sabría lo que le deparaba —le dijo y retomó la conversación—, sé las crueldades que hay fuera de aquí, sé la clase de hombres que hay por ahí también. Si tú y las demás no llegaban al imperio, no sé lo que habría sucedido... Aquí tienen comida,

vestimenta y una cama donde descansar sin pasar necesidades.

—¿Por qué eres así? Aún no lo comprendo. Eres emperador, no tendrías que fijarte en esas cosas de ver lo que el otro necesita... Te dije que no fueras tan autoritario pero no que fueras bondadoso y eso me extraña y mucho —le respondió con intriga.

—Mi madre me inculcó el respeto por lo ajeno y el tenderle una mano al prójimo. El imperio tiene muchas esclavas, guardias y empleados en general porque sé como se rigen los demás y trato de que todos estén conformes. Aquí dentro hubo muchos romances entre esclavas y guardias y terminaron uniéndose en matrimonio, y que desde ese momento ella deja de trabajar aquí porque le doblo el sueldo al guardia para que ambos puedan vivir mejor —admitió.

—No creí jamás algo así —levantó las cejas al tiempo que lo miraba.

—No es algo que se sepa tampoco porque lo que hago no está tan bien visto por las demás personas con riquezas también —le dijo sin vueltas.

—Entiendo. Te agradezco por habérmelo contado... Te quiero más por saber otra parte de ti —le replicó con una sonrisa y dándole un beso en los labios mientras lo sujetaba de las mejillas.

Un rato más tarde, Selene se retiró de los aposentos de Achilles para mirar por ambos pasillos y caminar con paso ligero hacia su alcoba.

Selene aprovechó en dormir un poco más antes de prepararse para el acontecimiento que se daría lugar en el imperio y por la tarde. Unas horas después, un par de golpecitos se escucharon en la puerta de la recámara de la joven, ella se despertó sobresaltada y se restregó los ojos al sentir ruidos.

—¿Selene? ¿Puedo pasar? —era la voz de Atenea.

Los ojos de la muchacha se abrieron con desmesura.

—Sí, por supuesto —comentó levantándose de inmediato de la cama.

—Veo que acabas de levantarte de la siesta, discúlpame.

—No tienes que pedirme perdón por eso, estaba pronta a levantarme porque no he podido dormir del todo.

—Se entiende —respondió con una sonrisa de alegría—. ¿Cómo te sientes al saber que pronto serás la esposa de Achilles? —le preguntó tomándole

la mano derecha.

—Aún no puedo asimilarlo. Es todo muy rápido.

—Caerás cuando ya estés casada —volvió a decirle.

—Todavía no puedo creer que tu hijo se haya fijado en mí —le dijo con algo de vergüenza en su voz.

—Selene no digas esas cosas, si él te eligió fue porque le gustaste y porque te ama, solo se fijó en lo que tienes dentro de tu corazón. Tampoco debes ponerte así porque puedo suponer lo que piensas de ti misma y no lo debes hacer —le dejó saber con cariño—, has venido de una familia decente que por desgracia no puede estar aquí hoy —le contestó.

—Lo sé...

—Tengo algo para ti que quisiera obsequiarte para usarlo hoy y siempre. Es mi favorito y quiero que sea tuyo —comentó intentando sacarle una sonrisa.

Atenea le entregó en sus manos una pequeña bolsa de fina tela. Cuando la joven se lo agradeció, le quitó el lazo y destapó lo que estaba dentro. Quedó sorprendida al ver algo que terminó por recordar muchas cosas de antes.

—¿Sabes? Este brazalete lo ha hecho mi padre, no creí jamás volver a verlo —le comentó a su suegra—, era uno de mis favoritos también, siempre le decía que me lo regalara pero entendía también que debíamos comer con la ganancia del producto —le dijo y se le llenaron los ojos de lágrimas pero pronto intentó cambiar de tema—. Gracias Atenea. Eres muy buena conmigo y espero algún día poder pagarte todo lo que has hecho por mí —le declaró.

—No he hecho nada para que me pagues, tú sola has hecho todo jovencita. El cambio en Achilles se nota y soy yo quien te tiene que agradecer por eso. Solo quiero que se amen, es lo único que te pido —le dijo acariciando su mejilla.

—Gracias, a tu hijo lo aprendí a querer con los días y sé que de a poco voy enamorándome de él también —le expresó con incomodidad pero segura de lo que le decía.

—Qué bonitas palabras Selene —le sonrió.

—Y es lo único que quiero de él, entiendo que somos de clases diferentes y aún me cuesta creer que Achilles a pesar de lo que representa en el

pueblo, haya decidido a casarse conmigo. Trataré de estar a su altura —comentó con resolución.

—De eso no tienes porque preocuparte. Yo sé que lo harás bien, incluso mejor que yo —respondió al mirarla a los ojos con cariño y sujetándole las manos con suavidad —manifestó con dulzura—, a lo que he venido es a arreglarte para la ocasión —le dijo.

—¿Tú a mí? —le preguntó incrédula sin pensar en que alguien como ella la ayudara.

Selene aún era una simple esclava que dentro de pocas horas iba a pasar a ser la esposa del emperador y todavía no asimilaba las cosas.

—Sí, ¿qué tiene de malo? —le formuló con una sonrisa.

—Pues nada pero me es incómodo que alguien como tú me ayude.

—Desde que mi hijo me ha hablado de ti, has pasado a ser parte de la familia y yo nunca te traté como una esclava. A ninguna de las chicas las trato como tal y desde que regresé aquí y te conocí, siempre supe que eras para mi hijo porque él necesita alguien como tú —le declaró con honestidad absoluta.

—Gracias —le respondió con una sonrisa y conteniendo las lágrimas—. Y con respecto a ayudarme para vestirme, me encantaría —sonrió cuando le habló.

Atenea la abrazó por sus hombros y la muchacha quedó estupefacta ante tal gesto de cariño. El abrazo jamás lo habría esperado de la madre de su futuro esposo y eso hizo estragos en Selene, la cuál lloró abiertamente por los sentimientos encontrados que tenía aquel día tan especial para ella. La mujer era como una madre para ella y de aquella manera, recordó a la suya.

Minutos después, su suegra le estaba poniendo una toga color blanca con lazos dorados, luego la hizo sentar y le cepilló el cabello para sujetar algunos mechones con adornos de pequeñas flores y hojas doradas, le ayudó a calzar unas sandalias que habían sido confeccionadas para aquel día con bordados en hilos de oro y plata, y terminó por ponerle un poco de color en los labios de la joven para que completara la vestimenta de su pronta unión.



Capítulo 12

10 | *El plan casi dio resultado*



Atenea había terminado de arreglarla para que estuviera lista para la ceremonia.

—Ya estás lista, puedes verte en el espejo —le dijo para animar a que se viera de cuerpo entero.

Y Seline así lo hizo, y se sintió diferente a como se sentía antes, quizás por el cambio de ser esclava a pasar a ser la futura esposa del Emperador o simplemente por saber que era amada al fin. Luego de verse, alguien tocó a la puerta.

—Señora Atenea, los invitados ya se encuentran en la sala principal y el novio espera a su futura esposa —comentó Sarah con una sonrisa amable.

—Gracias Sarah, enseguida iremos —le comunicó.

—Con su permiso señora —le hizo una reverencia.

—Ve, tranquila.

Luego de que la madre de Achilles terminara de hablar con la esclava, se giró hacia la joven y le volvió a hablar;

—¿Estás lista? —preguntó con una alegre sonrisa.

—Eso creo —dijo con la voz temblorosa—. Estoy muy nerviosa y tengo miedo que las cosas no salgan como las esperamos —le comentó teniendo un manojito de nervios.

—¿Por qué lo dices? —quiso saber.

—Es lo que siento —le admitió.

—No tienes que preocuparte por esas cosas —le acarició una mejilla—, solo tienes que disfrutar el momento junto con mi hijo.

—Tienes razón —asintió con la cabeza también.

Selene y Atenea salieron del cuarto para caminar hacia la sala principal donde se llevaría a cabo la ceremonia nupcial.

La novia comenzó a caminar hacia el novio pero pronto la ceremonia fue interrumpida por alguien desconocido para todos los invitados, sobre todo para Selene, Achilles y su madre.

—¡No puedes casarte con ella! —gritó el hombre irrumpiendo el imperio y haciendo que todos los presentes escucharan.

—¿¡Y por qué no!? —le contestó el emperador de la misma forma.

—Porque ella está casada —respondió con firmeza.

Los ojos de Selene al escucharlo se le quedaron perplejos, no podía creer que alguien se inventara semejante mentira y los invitados comenzaron a murmurar.

—¿¡Es verdad eso!? —le preguntó asombrado dirigiéndose a la muchacha.

—No Achilles, tienes que creerme, nunca me casé, ni sabía lo que era eso hasta cuando me lo dijiste. Por favor tienes que creerme —le expresó en suplica e intentando no quebrarse frente a él.

—¿Le vas a creer a ella y no a su propio marido que la estuvo buscando todo éste tiempo? —le cuestionó de tal manera que Achilles comenzó a dudar.

La joven cada vez estaba más asombrada por todas las mentiras que estaba diciendo y para que el emperador dedujera cualquier cosa menos creer en lo que ella le decía.

—¿Y piensas que te voy a creer si no veo pruebas? —le volvió a preguntar desafiándolo sin pensar que bajo su brazo, tenía una prueba falsa.

—Aquí las tienes, un anillo y un papel con el que certifica que ella es mi esposa —le respondió extendiéndole las cosas a Achilles.

Minutos después al terminar de ver aquel papel, Selene aprovechó la oportunidad para hablar;

—Quiero ver ese anillo, si en verdad dices que soy tu esposa, entonces tengo derecho a verlo —esta vez fue ella quien desafió a Espartacus y este quedó de piedra.

—No tienes derecho a nada, haces lo que el hombre dice. Nada más —rectificó con seriedad.

—Te lo está pidiendo de buena manera, y por lo tanto yo misma exijo que se lo muestres —Atenea entró en la discusión.

Ante el pedido de la madre del emperador, el individuo no tuvo más opción que entregarle el anillo a Selene y la joven comenzó a probárselo en ambos anulares.

—Como lo sospeché, no me entra en ninguno de los dos, siendo al parecer tu esposa, bien sabrías qué tamaño tengo de dedo —le manifestó sin miedos y mirándolo directo a los ojos.

—¿Qué tienes para decir sobre eso? —le interpelló Achilles enfrentándolo—. No me tomes por un imbécil porque no lo soy, Espartacus.

—Es posible que con lo que sufrió, haya adelgazado —justificó.

Selene que aún trataba de hacerle ver la verdad de sus palabras al hombre que estaba a punto de desposar, fue más allá de lo debido y volvió a preguntarle a aquel sujeto que jamás había visto en su vida.

—¿Cómo me llamo? Un esposo tan desesperado como tú en encontrarme, tiene que recordar muy bien mi nombre —le formuló de tal forma que el hombre quedó acorralado.

Y Espartacus comprobó que Olimpia nunca le había dicho su nombre puesto que en el pueblo solo se rumoreaba que el emperador estaba pronto a casarse con una esclava, más todo quedaba en secreto, incluso hasta el nombre de la futura emperatriz de Grecia.

Achilles gritó a dos guardias del imperio para que se llevaran de allí al hombre.

—¡Enciérrenlo! —les dio la orden y se acercó más a él—, en algún momento me dirás quien estuvo detrás de todo este plan y te aseguro que tú y esa persona la pagarán —sentenció con total desprecio en su voz.

Espartacus tragó saliva con dificultad y quedó nervioso por completo, y sujetado por ambos guardias de los brazos, fue arrastrado hacia la zona de celdas que el imperio tenía debajo del suelo que pisaban.

El emperador se dirigió a Selene para disculparla pero la joven se echó atrás.

—No creíste en mí cuando te decía la verdad, incluso... —sus ojos quedaron abnegados en lágrimas que no quería derramar frente a él y a los demás—, incluso la noche anterior estuvimos juntos, ¿ni siquiera eso te bastó para comprobar que era sincera contigo? Puedo ser cualquier cosa pero que hayas dudado de mis palabras sabiendo bien lo que pasamos anoche, no puedo tolerarlo —le confesó con la boca trémula y sintiendo cómo las lágrimas caían por sus mejillas.

—Selene... por favor... No me hagas esto —quedó entre incómodo y desesperado por esperar la aceptación de sus disculpas.

—Lo siento... Pero por el momento no puedo continuar con esto y te pido disculpas yo a ti por haber organizado todo esto en vano, porque aún cuando te había dicho que no estaba tranquila y que tenía miedo de que algo saldría mal, tú dudaste de mí cuando apareció aquel hombre diciendo mentiras —expresó con tristeza en su voz.

Selene giró en sus talones y salió de allí corriendo hacia su alcoba, Achilles intentó seguirla pero su madre se lo impidió.

—No vayas ahora, será peor... deja que se desahogue tranquila, lo necesita. Debes entenderla, Achilles —le aseguró la mujer sujetándolo de los brazos—, actuaría igual que ella. No puedes dudar de la persona que estabas a punto de desposar —declaró con pesadumbre.

Pronto los invitados fueron retirándose a pedido de Atenea mientras que el emperador había decidido ocultarse en sus aposentos por lo mal que se sentía con toda aquella situación.

Es imposible que haya dudado de ella, no puedo estar creyendo mentiras de los demás y manchar el honor de Selene viendo la verdad frente a mis ojos. Sabiendo que se entregó a mí... Sabiendo incluso que ella misma me advirtió sobre los presentimientos que sentía en su interior y que tenía miedo que algo pasara hoy, y sucedió y yo fui el estúpido que al principio creyó todo lo que me decía Espartacus, en vez de confiar en ella —reflexionó Achilles con pesar y llorando de tristeza.



Capítulo 13

11 | *Un sincero perdón*



La joven Selene estaba llorando con desconsuelo sobre el lecho por toda la situación en la que se encontraba, después de todo por lo que habían pasado, Achilles parecía que nunca le había creído y peor se sintió.

Estaba decidida que aquel mismo día se iría del imperio porque no quería continuar bajo el mismo techo que un hombre que dudó en su honestidad. Cuando la noche cayó y todo quedó en silencio se colocó una túnica y salió de sus aposentos.

Por otro lado, en el comedor del imperio su madre y él estaban cenando mientras que la mujer le hablaba a su hijo.

Por otro lado, dentro del Palacio, la madre de Achilles entró a su alcoba, para poder hablar con tranquilidad con su hijo.

—¿Por qué no comes algo? Sé que te encuentras angustiado pero no puedes estar sin comer —dijo preocupada.

—No tengo hambre.

—Solo un par de bocados y te dejaré tranquilo.

—Me iré a dormir, será lo mejor... buenas noches madre —contestó dándole un beso en su mejilla.

—De acuerdo, trata de dormir un poco, pronto todo pasará y verás cómo Selene te perdona —sonrió.

—Dudo que algún día me perdone —comentó con amargura.

—No te aflijas, todo se solucionará —le acarició la mejilla.

Achilles caminó por el corredor hacia su alcoba y se encontró con Selene quien caminaba hacia la otra punta del pasillo.

—Selene... —la llamó corriendo hacia ella y deteniéndola por el brazo.

—Déjame ir Achilles —habló sin mirarlo a la cara.

—¿Te vas? —quedó estupefacto.

—No tengo más nada que hacer aquí y prefiero irme.

—¿Después de darte la libertad de una esclavitud que ni siquiera tú habrías sabido lo que te deparaba la vida? No te comprendo, sé que actué muy mal en dudar de ti pero ponte en mi lugar también —respondió con angustia en su masculino voz.

—Me pongo en tu lugar también y no habría dudado ni un segundo de la persona que amo —expresó con seriedad en su voz.

—Ay Selene, no seas así conmigo —casi se quiebra frente a ella—. Te amo, no me hagas sentir más mal de lo que ya me siento —contestó con tristeza.

La joven se lo quedó mirando con suma atención, y sintió remordimiento al ver cómo estaba Achilles.

—Te das cuenta que tu actitud de inseguro te llevó a esto, ¿verdad? —afirmó.

—Sí, me doy cuenta de eso y sé que actué muy mal contigo frente a todos, dudé sin tener porqué hacerlo —confesó sin poder mirarla a la cara.

—Me miras para hablarme Achilles —apostilló con seriedad.

El hombre levantó la vista para observarla y quedaron en silencio absoluto.

—¿Podemos hablar en otro lugar? Sin que nadie nos escuche —preguntó con incertidumbre.

—¿Ahora quieres hablar conmigo? —inquirió asombrada—. En la tarde de hoy casi ni dejaste que me defendiera ante las mentiras de ese hombre.

—Por favor...

Selene vio en los ojos del hombre que aún amaba arrepentimiento por lo que había sucedido.

—De acuerdo. Hablemos.

—¿Tienes problema en que vayamos a mis aposentos? —cuestionó

incómodo.

Ella negó con la cabeza y pronto se dirigieron allí. Apenas la dejó pasar primero al interior, él cerró la puerta.

—Ahora que nadie nos escucha, podemos hablar tranquilos —comentó Selene dándose vuelta para mirarlo a los ojos.

La muchacha jamás se habría esperado el gesto que Achilles le dedicó. Estaba de rodillas frente a ella.

—Perdóname... —emitió con la voz quebrada.

—Por favor levántate, no tienes que hacer esto... —admitió con los ojos muy abiertos y sorprendida—. Me pones incómoda haciendo eso, no debes ponerte de rodillas, no soy nadie —expresó con vergüenza.

—Para mí eres todo aunque ya no me creas —confesó con lágrimas en los ojos.

Selene fue a su encuentro para ponerse a su altura y abrazarlo por el cuello mientras lloraba.

—Achilles... No tienes que humillarte de esta manera.

—No lo siento como una humillación, me importas de verdad Selene y te amo. Es por eso que te pedí perdón de rodillas —manifestó abrazándola por la cintura y espalda.

La joven lo tomó de las mejillas y lo besó en la boca.

—No hagas más una cosa así, en arrodillarte frente a mí Achilles.

—No me molestó haberlo hecho —respondió sujetándola de las mejillas y besándola de nuevo.

El hombre la ayudó a incorporarse también y volvió a besarla.

—¿Has hablado con ese hombre? —quiso saber la muchacha.

—Aún no... ¿Has comido?

—No, estaba por irme sin cenar.

—Pediré que nos traigan una bandeja con comida —le dejó saber—, te quedas aquí dentro mientras iré a pedirle a alguien.

—Puedo ir yo.

—No, tú quedas aquí dentro. Será lo mejor.

—Está bien —asintió con la cabeza también.

Selene se sentó en el borde de la cama mientras esperaba por él. Poco tiempo después cenaron tranquilos dentro de la alcoba de Achilles al tiempo que charlaban de todo lo que había pasado.



Capítulo 14

12 | *Cosas inesperadas*



En un almuerzo familiar entre Achilles, Atenea y Selene hablaban de todo lo que había sucedido y la joven aún sospechaba de Olimpia quien desde hacía días les había comunicado que se ausentaría por sentirse indispuesta. La madre del emperador miró con atención a Selene, quien se encontraba en su propio pensamiento.

—¿Qué te ocurre? —preguntó preocupada.

—Puede que no sea nada pero aún encuentro rara la noticia de Olimpia, se ausentó pocos días atrás y sospecho mucho de ella —les dejó saber con preocupación en su voz.

—No te preocupes por ella, yo mismo hablaré con el hombre y lo obligaré a confesar.

—Te pido que no le hagas daño —expresó mirándolo con atención a los ojos y él asintió con la cabeza.

Achilles luego de almorzar, se levantó del asiento y disculpándose con ellas decidió visitar al prisionero.

Mientras las dos mujeres quedaron a solas terminando de almorzar y sacando conjeturas entre ellas, el emperador bajó a los calabozos para encontrarse con Espartacus.

El guardia apenas lo vio le abrió la reja y él le pidió que los dejara a solas. El hombre lo miró con asombro entrando allí.

—No lo esperaba —habló levantándose del asiento.

—Y yo tampoco que hicieras eso, ¿por qué? —cuestionó—. Si me dices quien estuvo detrás de todo esto, te dejaré libre y no lo hago por mí, lo hago porque la futura emperatriz me lo pidió.

—¿Por qué? —quedó sorprendido.

—Ya te dije que lo hago por ella. Si me dices la verdad te dejo libre y

volverás a tener tu tienda para seguir vendiendo.

—Era Achilles el arrogante y sin corazón, ¿qué lo cambió?

—El amor de una mujer. Me dejó ver diferente las cosas y a las personas.

—Se lo diré —asintiendo con la cabeza también—. Planeó todo Olimpia.

El emperador quedó tan desconcertado como pensativo, porque después de todo tenía razón Selene en sospechar de la esclava.

—Me lo ha dicho varias veces y yo no le di importancia —comentó en voz alta.

—¿Quién? —quiso saber el prisionero.

—La mujer que estaba por casarse conmigo —lo miró directo a los ojos.

—Si le habría hecho caso nada de esto hubiera pasado. Evitaba todo tipo de discusiones y sobre todo ahora estaría casado con ella y Olimpia fuera de aquí.

—Lo pensé pero caí recién ahora que siempre debí creer en la palabra de Selene.

—Usted la eligió para desposarla, tendría que haberlo hecho.

—¿Tienes alguna idea dónde podría estar Olimpia en estos momentos?
—cuestionó al mirarlo.

—Puede que sí.

—Dímelo.

Cuando Espartacus le dijo el lugar donde solían encontrarse ella y él, acordaron ambos en que cuando Olimpia obtuviera su merecido, él estaría libre.

Apenas Selene vio a Achilles por el corredor yendo a sus aposentos fue hacia él.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó con intriga.

—La verdad y ahora mismo iré a verla.

La muchacha supo bien a quien se refería.

—No vayas... ¿y si es una trampa? —formuló preocupada y asustada al mismo tiempo.

El hombre hizo pasar dentro a la joven y cerró la puerta.

—Correré ese riesgo, siendo o no una trampa debo ir, quiero que Olimpia pague, merece un escarmiento por todo lo que nos ha hecho, sobre todo a ti —dijo con seriedad.

—No hagas algo de lo que luego puede que te arrepientas Achilles —le respondió.

—Vales la pena para arriesgarme en ir allí, no me importa si es o no una trampa, por lo menos sabré todo y estaremos tranquilos —confesó mientras la miraba a los ojos.

—Te entiendo pero tampoco quiero que Olimpia te haga daño, ante todo eres un emperador y debes cumplir con tu deber, y eso no es ir detrás de ella.

Achilles se acercó más a ella y se inclinó para besarla mientras la sujetaba de la nuca. Selene no se había esperado aquel beso.

—Un emperador hace las cosas por amor también y aunque no quieras, debo ir.

El hombre dejó a Selene en un mar de calidez por las palabras empleadas y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Si en verdad quieres que vuelva a aceptarte, tendrás que volver sin un rasguño —comentó mirándolo a los ojos sin perderle ningún detalle.

—No te preocupes por mí —sonrió al decírselo.

—Lo hago porque en verdad me importas Achilles —le expresó con algo de seriedad sujetándolo de la tela de su toga.

—Lo sé, sé que te importo... Si no lo harías me habrías negado que te besara o incluso seguirías enojada conmigo.

—Que aún continuara enojada contigo no era motivo para dejar de quererte.

—Eres preciosa, por fuera y por dentro, sobre todo por dentro —emitió acariciando su mejilla.

—Te dejaré vestirme tranquilo, no creo que vayas así —sonrió al decírselo.

—Volveré en cuanto pueda.

Selene salió de la alcoba para dejar que se vistiera tranquilo.

Después de unos minutos que para la joven fueron horas, vio a Achilles salir con la armadura, abrió los ojos de miedo.

—No creí que saldrías vestido así —acotó sorprendida.

—El asunto lo requiere.

—No vas para ningún asunto oficial Achilles.

—Para mí lo es aunque no sea nada referente al pueblo... de todas maneras, para que te quedes más tranquila, iré con mis cinco hombres de confianza.

—De acuerdo, si esa es la condición, lo aceptaré —dijo con resignación.

El emperador besó su frente y luego volvió a depositarle un beso en los labios y caminó hacia la salida del imperio donde sus guardias lo estaban esperando.

Selene con un suspiro de angustia y miedo entró a su alcoba para descansar unas horas, no podía hacer nada más que esperar por su regreso.

Cuando la muchacha quedó de espaldas al balcón, escuchó una pisada detrás de ella que le hizo abrir los ojos. Se sentó en el lecho y miró hacia las cortinas que danzaban con el aire cálido que entraba al recinto. Tragó saliva con dificultad porque solo se escuchaba un silencio aterrador en el ambiente.

Se levantó de la cama para dirigirse hacia el balcón hasta que divisó una sombra, retrocedió queriendo salir de allí, pero se enfrentó con el rostro de Olimpia quien salió detrás de una de las gruesas cortinas y apuntándole con un cuchillo.



Capítulo 15

13 | *Líos resueltos*



Cuando quedaron mirándose a los ojos, Selene atinó a dar un par de pasos hacia atrás pero Olimpia le habló:

—Ni lo intentes, sé que quieres irte de aquí pero no lo harás —su voz sonó con maldad.

—Ni siquiera me he movido, ¿por qué no bajas el arma? —cuestionó intentando no ponerse nerviosa.

—¿Acaso te da miedo un simple cuchillo? —su sonrisa fue de cinismo—. Es inofensivo, solo puedo cortarte el cuello o clavártelo en alguna parte de tu lindo cuerpo —respondió y la joven tragó saliva con dificultad—, me robaste lo que me pertenecía por años.

—No te lo he robado, Achilles no es el trofeo de nadie —aseguró.

—Llegaste al imperio con tu carita de buena niña y con la simplicidad que dejó embelesado al emperador pero no eres más que la ramera del momento de él, no volverá a casarse contigo jamás —le dijo.

Selene sabía bien que todo aquello era mentira y trató de estar calmada.

—Puedes decirme todo lo que quieras, sé quien soy —declaró sin ponerse alterada—, podíamos haber sido buenas amigas, sin embargo preferiste hacer lo que hiciste el día de la unión.

—No ha salido tan mal como pensé, principalmente cancelé la boda —sonrió de lado.

—Todos te están buscando porque Espartacus confesó todo.

—¡Mientes! —gritó exasperada.

—Es la verdad.

—Siempre he estado enamorada de él y tú te apareciste para cambiarlo todo —levantó más la voz haciendo que la persona que pasaba por el corredor escuchara—. ¡Te odio por eso! —volvió a gritar—, ¡jamás

tendrías que haber pisado el imperio!

—Ni siquiera yo sabía que terminaría aquí, no puedes culparme por algo así Olimpia —expresó con seriedad ante su comentario ilógico.

—Que te le hayas metido por los ojos al emperador sí te hace culpable —escupió con odio.

—No digas tonterías, ninguno de los dos planeó eso —remató de nuevo con seriedad.

Sara llegó corriendo hacia donde se encontraban los guardias y el emperador.

—Señor —gritó la esclava.

—¿Qué sucede Sara? —preguntó preocupado acercándose a ella.

—Debe venir enseguida al imperio, creo haber escuchado la voz de Olimpia en el recinto de Selene —le comunicó.

Achilles dio las órdenes a sus guardias para posicionarse en la entrada de la alcoba de la muchacha y detrás de sus aposentos donde se encontraba el balcón para rodear a Olimpia.

Mientras tanto, dentro del recinto Selene intentaba calmar a la otra mujer porque la veía muy alterada.

—Pude haber sido la emperatriz pero tu linda carita se puso en el medio de él y mío y arruinaste todo cuanto he planeado.

—Jamás he hecho algo así, ya te he dicho que ninguno de los dos pensó en que termináramos juntos. No seas así Olimpia, tu emperador siempre ha sido bueno contigo, tú misma me lo dijiste cuando yo apenas entré al imperio, no puedes hacer este tipo de cosas ahora.

La esclava cada vez se acercaba más a la joven y a pesar de que ella trataba de retroceder más la apuntaba con el cuchillo. Cuando ambas escucharon la puerta abrirse sin previo aviso, fue el momento oportuno para que Olimpia la sujetara fuertemente del brazo para arrastrarla hacia ella sin darle tiempo a nada que pudieran hacer ni Selene y mucho menos él.

—Es preferible que te entregues y no compliques más las cosas Olimpia —dijo con seriedad—, ya hecho demasiado daño como para cometer una locura y terminar llevándote a la horca. Así que mi consejo es que bajes el

arma y la sueltas.

—Ni siquiera te atrevas a acercarte más a ella porque la tiro por el balcón —gritó furiosa apuntando con ligereza a él y a ella.

—Deberías tener más respeto por tu emperador, después de todo lo que te ofrecí aquí dentro, me es increíble que me pagues de esta manera. Años estuviste trabajando para mi madre y para mí, ¿y así nos pagas Olimpia? ¿Intentando matar a la mujer que amo? —cuestionó avanzando pasos mientras ambas mujeres se acercaban al balcón.

Selene sentía un nudo de nervios en la boca de su estómago, por miedo a ser tirada hacia el vacío o apuñalada por Olimpia. Comenzó a forcejear con ella para soltarse de su agarre. Sujetó la muñeca con la que sostenía el cuchillo y levantó su brazo, pero Olimpia era demasiado fuerte para ella, entre gritos y que Achilles quería separarlas, la mujer le hizo un tajo en el brazo del hombre y fue en aquel instante en que Selene furiosa con ella la sujetó de los pelos para que se soltara. La mujer cayó y la muchacha fue hacia el emperador para verle la herida. Olimpia se levantó para arremeter contra alguno de los dos, principalmente hacerle daño a ella y así terminar de cometer lo que desde un principio había planeado.

El instinto de la joven hizo que se diera vuelta para verla acercarse con decisión y paso firme. Uno de los guardias que estaba en la parte del balcón, vio los movimientos sospechosos de la esclava ya puntó a su espalda solo para esperar el momento propicio para poder herirla. Selene se enfrentó a ella a pesar del miedo que sentía en su interior, quería quitarle el cuchillo de la mano y que todo terminara, pero la mujer la rasguñaba en los intentos por querer dañarla.

—Olimpia detente, ya debes frenar todo esto —gritó para que se diera cuenta de las cosas pero era en vano.

—¡Jamás! —exclamó con furia apretando los dientes.

Selene como pudo le dio una fuerte cachetada para que en lo posible reaccionara pero tampoco con eso se frenó. Ambas llegaron al borde del balcón en donde el guardia esperaba para atacar y debía tener un buen blanco porque de lo contrario podría llegar a hacer un desastre. El forcejeo fue tal que las dos mujeres cayeron al vacío, las pupilas de Achilles se achicaron de la desesperación y gritó con desgarró cuando vio caer a Selene, fue hacia el balcón a los tropiezos para mirar hacia abajo. Observó a la joven sujeta a un barrote de hierro donde colgaba un farol y a Olimpia sostenerse de las telas de la toga de la muchacha. El peso que ejercía la joven era terrible, y las lágrimas se le caían sin esfuerzo, estaba aterrada por caer y trataba de no mirar hacia abajo.

—Selene... por favor no me dejes caer —hablaba con desesperación.

—Si ambas mantenemos la calma, estoy segura que nos rescatarán —aseguró.

A pesar de todo el daño que había causado, no podía ser mala con ella porque fue la primera de todas las esclavas que la trató bien cuando ella entró al imperio. Haya sido de manera sincera o falsa, lo había hecho y en parte le estaba agradecida por eso.

Los brazos de Selene se aflojaban de a poco y levantó la cabeza para encontrarse con los ojos de Achilles.

—Resiste por favor —le suplicó.

—No puedo más —pestañeó varias veces para quitarse las lágrimas de los ojos.

La tela de la toga se cortó de un lado por el peso haciendo que Olimpia bajara un poco más. Achilles extendió el brazo hacia ella y aunque Selene trató de extender el brazo hacia arriba, no alcanzaba a su mano, por la distancia y por el peso de la otra mujer.

—¡Olimpia salta! Los guardias del balcón no te harán golpear contra el piso —le gritó el emperador.

—¡No! No quiero —sus ojos se nublaron de lágrimas.

—Si la tela termina cortándose igual caerás —dijo—, y puede que por el peso caiga Selene también, no alcanzo a sujetarla, estás complicando las cosas Olimpia, no lo hagas más difícil —contestó con seriedad.

La mujer a pesar de lo disgustada que estaba aún y sobre todo por el plan que no le salió como lo había ideado, se soltó de la tela cayendo en brazos de dos guardias que la sujetaron de los brazos una vez que la dejaron con los pies en el suelo.

Achilles volvió a extender el brazo inclinándose un poco más hacia ella para poder así tratar de alcanzarla. Selene a duras penas levantó el brazo al sentirse exhausta de tanta fuerza que había ejercido en todo aquel tiempo.

Cuando el hombre rozó los dedos de la mano femenina con más resolución decidió a inclinarse hacia delante y con una segunda vez que extendió el brazo, sujetó con fuerza la mano de la joven. La fuerza de Achilles fue enorme y dejó que la joven se apoyara sobre el barrote de hierro del farol para luego enredar los brazos por el cuello masculino y él abrazarla por la

cintura para meterla dentro del balcón.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó muy preocupado y sujetándola de las mejillas.

—Bien, cansada, asustada... No lo sé, un poco de todo —expresó con sinceridad al mirarlo a los ojos—. Achilles, no le hagas nada, te lo suplico.

—Me estás poniendo en un compromiso Selene. Mi deber es hacer que cumpla el delito que cometió.

—Lo sé bien pero puedes perdonarle la vida también —manifestó entre angustiada y segura de sus palabras.

—Me dejas en una posición de débil frente al pueblo y no puedo pasar por alto esto. Perdóname pero no puedo —declaró besando su frente—, y espero que en algún momento entiendas mi deber como emperador.

El hombre salió de allí para encontrar con sus guardias y con Olimpia, quien se mantenía con la cabeza gacha ante la vergüenza que sentía en aquel momento frente a él.

—¿Qué hacemos con ella? —cuestionó uno de los que la tenía del brazo.

—Por ahora estará dentro del calabozo, la semana próxima se te juzgará Olimpia —dijo con firmeza.

A pesar de que la mujer levantó la cabeza para mirarlo a los ojos en súplica y con los ojos llenos de lágrimas y la barbilla temblándole, él no tuvo compasión por ella o algún atisbo de remordimiento.

Achilles dándose vuelta en sus talones caminó hacia sus aposentos mientras escuchó un desgarrador perdón de la boca de la esclava más el hombre no se dio vuelta para observarla.



Capítulo 16

14 | *Reconciliación*



Una semana faltaba para que a Olimpia la colgaran y con ello, Selene y Achilles no estaban muy bien como pareja porque el emperador quería continuar con la ejecución de la esclava.

En la cena fue donde transcurrió la pequeña discusión que tuvieron en presencia de su madre.

—Entiendo bien que ha sido la única persona que desde el momento en que llegaste aquí te ofreció ayuda y ser tu amiga, pero las cosas cambiaron mucho desde el instante en que decidí anunciar al pueblo que iba a casarme contigo —replicó con algo de enojo Achilles.

—Lo ha estado desde mucho antes —comentó la joven.

—Con más razón entonces debe ser ejecutada —admitió y la joven se removió en la silla.

—¿No crees que es demasiado drástico lo que dices? —preguntó.

—No me parece, intentó matarte y a mí también, no puedo pasar por alto esto Selene y debes entenderlo.

—Siendo tú el emperador, podrías hacer a un lado esto y perdonarle la vida —contestó mirándolo con atención a los ojos—. ¿Qué es lo que perderías si le perdonas la vida?

—Me verán como un emperador débil y que estoy influenciado por alguien más.

—Ya veo...

La muchacha no le dijo más nada porque sabía bien que no iba a poder hacerlo entrar en razones, por un lado entendía a Achilles y por el otro quería hacer algo bueno porque quería de alguna manera hacerle saber a Olimpia que no se había olvidado de lo buena persona que fue cuando ella apenas había entrado al imperio. Por compromiso o no, lo que había hecho para Selene valía.

Cuando el imperio quedó en silencio y todos estaban durmiendo, Selene salió de sus aposentos para dirigirse hacia los calabozos donde se encontraba Olimpia. Uno de los guardias se encontraba por los pasillos y la joven se escondió hasta esperar para que se fuera de allí. Apenas lo vio irse, se escabulló con ligereza hacia el subsuelo donde estaba encerrada la esclava.

—Hola Selene —dijo el guardia al verla.

—Hola, ¿serías tan amable en dejarnos a solas? Quiero hablar con ella, por favor —respondió sin darle más detalles.

El hombre la miró con atención a los ojos, sabía que la muchacha algo se traía y aunque no quiso, dejó que hablaran a solas.

—Te dejaré cinco minutos con ella, luego volveré y deberás irte Selene, tengo la orden del emperador de que no estés aquí, no es un lugar para una mujer y te pido disculpas si sueno tajante con lo que te digo —afirmó.

—Te entiendo, no te preocupes. Cinco minutos, te lo agradezco.

Cuando el guardia se alejó de allí, ambas quedaron mirándose.

—¿Por qué viniste? ¿Para burlarte de mí y ver que estoy entre rejas?
—cuestionó abrazándose las rodillas.

—Te equivocas demasiado Olimpia, jamás me burlaría de ti, si vine es para avisarte que en una semana Achilles piensa ejecutarte —manifestó y la mujer abrió los ojos sorprendida.

—No me sorprende, era de esperarse, hice mucho daño y me lo merezco —comentó sin ánimos en su voz.

—Si vine aquí es para avisarte eso y para hacer algo por ti, después de todo lo que has hecho por mí al principio debo hacer algo, nunca supe si lo hiciste porque quisiste o por compromiso pero no me importa, no puedo quedarme de brazos cruzados y dejar pasar las cosas.

—Me acerqué a ti de buena voluntad, porque quise y porque sabía por lo que habías pasado, algo parecido me sucedió y esas cosas deben pasarse en compañía de alguien más para por lo menos quitar de a poco la angustia que se siente en momentos así —confesó—, pero cuando supe que Achilles estaba interesado en ti, no lo pude soportar y hice todo lo que hice por celos y porque creí que en algún momento él se fijaría en mí —habló con congoja—, sin embargo no fue así, él nunca me dijo cosas para interpretarlas como algo sentimental, así que yo sola me creé la

ilusión en donde no había nada de eso —lloró con desconsuelo.

Selene quedó devastada al escucharla como lloraba, no pudo mirarla y giró la cabeza hacia la derecha encontrándose el manojo de llaves sobre una pequeña mesa de madera. No lo pensó mucho y tomó las llaves para abrir la reja, probó todas hasta dar con la indicada y abrió la reja.

—Vete... antes que llegue el guardia, vete de aquí.

—No puedes hacer esto Selene, Achilles se disgustará contigo, merezco lo que me tocó y voy a enfrentarlo.

—No insistas con eso, vete y no vuelvas más, si lo hago es porque todavía me acuerdo lo que fuiste conmigo cuando llegué, por eso lo hago, sé que Achilles se enojará conmigo pero por lo menos sé que hice lo correcto y no me quedé de brazos cruzados —expresó con sinceridad—. Ya sal de aquí y trata de irte del imperio, será lo mejor, por lo menos comenzarás otra vida.

—¿Por qué sigues siendo así aún cuando yo me porté mal contigo y con Achilles? —formuló con intriga y sorprendida.

—Ya te dije el porqué. No lo pienses más Olimpia, vete y listo.

—Te lo agradezco mucho, no sabes cuánto te lo agradezco —dijo y la abrazó.

Selene la abrazó también y cuando se separaron la joven volvió a hablarle.

—Trata de hacer bien las cosas de ahora en adelante.

—Lo haré —asintió con la cabeza también.

Apenas la mujer se fue, ella acomodó como pudo una tela para hacerle ver al guardia que Olimpia estaba durmiendo. Selene se retiró de allí y caminó hacia su alcoba encontrándose con Achilles en el interior de la misma. La muchacha quedó estupefacta al verlo.

—No te esperaba aquí —emitió ella.

—Ni tampoco yo esperaba que fueras a ver a Olimpia, me lo dijo hace unos momentos atrás el guardia que la vigila. ¿Qué hiciste Selene?
—preguntó mirándola con suma atención.

—No he hecho nada Achilles. Solo he ido a hablar con ella.

—Sé que has ido a algo más también, lo veo en tus ojos, algo hiciste y quiero saberlo Selene, el guardia no quedó convencido del todo cuando te apareciste allí para hablar con ella, así que te exijo que me digas la verdad —habló con enojo en su voz.

—Me odiarás por esto pero sé que hice lo correcto, dejé que se fuera, las llaves estaban a mano y las tomé para dejarla salir y que se fuera de aquí —contestó agachando la cabeza.

—No agaches la cabeza ahora, hiciste algo muy mal Selene, perdonas por antojo y no son así las cosas —comentó con seriedad en su voz—, no sé si me siento decepcionado de ti o qué pero por ahora no me dirijas la palabra —respondió tajante al mirarla a los ojos.

Selene quedó de piedra cuando le dijo aquellas palabras, sabía que iba a enojarse pero no creía que se pondría así también.

—Ponte en mi lugar también, ¿qué harías tú sabiendo que esa persona cuando llegaste aquí te trató bien y te dio un lugar y fue tu amiga? Lo hice por eso mismo, por la manera en cómo fue conmigo cuando arribé aquí —admitió con seriedad—. Sé que habiendo hecho lo que hice a ti te deja mal parado frente al pueblo, pero no todo es ejecución y violencia, ella reconoció que actuó muy mal y se dio cuenta tarde de las cosas que hizo, por ese motivo también la perdoné y la dejé ir.

Achilles apretó los dientes y los puños, ni siquiera tenía ganas de discutir con ella.

—Jamás te creí capaz de semejante cosa —replicó y salió de allí.

La muchacha con un suspiro de resignación trató de prepararse para ir a dormir y el sueño le llegó casi por la madrugada.

Durante los siguientes días las cosas entre ellos no estuvieron bien, incluso Selene volvió a retomar su puesto como esclava, no por pedido de él sino porque ella creía que era lo mejor, prefería ayudar a las demás antes que no hacer nada y pensar en todo lo que había sucedido.

—¿No crees que estás siendo injusto con ella? —preguntó Atenea a su hijo—. Selene actuó de buena manera y si lo hizo fue por lo que ya sabes. No puedes seguir como si nada habría pasado entre ustedes, lo hecho, hecho está y sería muy bueno que dejes el asunto en el pasado.

—Me dejó mal frente al pueblo, puede que me consideren un débil que no sabe gobernar y que es influenciado por alguien más —dijo enojado.

—¿Alguien sabía que la ibas a ejecutar? —formuló.

—Nadie.

—¿Entonces? —arqueó una ceja observándolo con fijeza—. Nadie te dejó mal parado frente al pueblo, y aún si el pueblo lo habría sabido, creo que hubieran estado a favor de Selene, no todo es crueldad y arreglar las cosas con la horca —respondió—. En Selene ven a alguien sencilla y dispuesta a buscar una solución sin llegar a cosas mayores. Es la persona que necesitas tú y el pueblo —manifestó con honestidad.

Otra de las esclavas se acercó para retirar las vajillas de la mesa.

—Adonia, ¿dónde se encuentra Selene?

—Lavando las sábanas.

Achilles luego de agradecerle, se levantó de la silla y se retiró para ir hacia el lugar donde estaba la muchacha.

La encontró como bien se lo había dicho Adonia, lavando las sábanas en el río que estaba detrás del imperio, una zona privada que solo era parte del lugar. Se acercó en silencio y le bloqueó la claridad del sol.

—Hola... —dijo incómodo.

—¿Necesita algo señor? —cuestionó tajante.

Achilles levantó las cejas sorprendido ante la actitud de ella hacia él.

—¿Podemos hablar?

—Me dijo que no quería que le dirigiera más la palabra, estoy cumpliendo su orden.

—No pensé que volverías a tratarme de usted.

—Supuse que debía hacerlo por la manera en cómo terminamos.

—Por favor... quiero hablar contigo, sé que me he comportado como un insensible y que no debí nunca hablarte así, menos en decirte que no me dirigieras más la palabra —volvió a ponerse incómodo mientras le hablaba.

—¿De qué quieres hablar? —formuló mientras continuaba lavando.

—Quiero pedirte disculpas, actué muy mal contigo y me di cuenta tarde que tú tuviste buenas intenciones en dejar libre a Olimpia —comentó

mientras estaba sentado en el suelo y al lado de ella.

—Te las acepto.

—¿No me dirás más nada? —cuestionó intentando hablar más con Selene.

—¿Qué quieres que te diga? Ya te acepté las disculpas, no sé que quieres que te diga más.

—Quiero que volvamos a hablar, ¿acaso no me quieres más? —preguntó con angustia.

Selene lo miró directamente a los ojos.

—A pesar de la manera en cómo fueron las cosas entre nosotros, te sigo queriendo, jamás dejé de amarte —confesó con sinceridad.

Achilles sin decirle nada más la sujetó de las mejillas haciendo que lo mirara y la besó de lleno en sus labios. Selene correspondió el beso de buena gana.



Capítulo 17

Epílogo | La Emperatriz



Tres días después de que todo volviera a ser como antes entre Selene y Achilles, alguien más entró dentro del imperio sin ser visto.

Había caído la noche y todos se habían retirado a sus aposentos para descansar, no fue la excepción de Achilles y Selene pero lo hicieron en alcobas separadas.

Luego del beso que se habían terminado de dar antes de ir a dormir, fue el hombre quien decidió visitarla para dormir con ella pero con lo que no contaba era con volver a ver a Olimpia caminar con decisión hacia el sector donde dormía Selene.

Achilles había quedado de piedra cuando vio en una de las manos de la mujer un cuchillo que se reflejaba por la hoja de metal que tenía.

Con cuidado y sin que ella lo notara por detrás, caminó con sigilo y a una distancia prudencial para poder tener ventaja sobre ella y tomarla por sorpresa.

Desató la soga de hilos de seda que tenía alrededor de la cintura, la cual sujetaba la toga, para poder entrelazarla en sus manos y tensarla.

Pasos ligeros se escucharon detrás de la mujer pero no le dio tiempo a reaccionar cuando tenía alrededor de su cuello la soga que mantenía tirante Achilles en la nuca de Olimpia.

—Puede que Selene te haya perdonado la vida pero no mereces su perdón ni el mío —dijo con enojo desmedido mientras tenía apretados los dientes.

—No puedo... respirar... —su voz sonaba afónica y manoteaba la soga del cuello para poder soltarse.

—Te dio una oportunidad y la desaprovechaste. Te dejó libre porque creyó en ti pero no vales nada, y lo único que resta hacer será matarte con mis propias manos —su voz sonó con rabia pero sin levantar la voz.

—A... chi... lles, por favor. Suéltame —dijo pero ya le era imposible

obtener aire.

La soga al cuello se le apretó más por la presión que ejercía Achilles por detrás, las venas del cuello se estaban notando y la marca cada vez era más morada, la estaba asfixiando y Olimpia a pesar de querer soltarse y romperse las uñas en el intento y patalear sin ningún intento satisfactorio, de a poco fue perdiendo fuerzas hasta terminar ahorcada. El cuchillo cayó al piso y Achilles la arrastró hasta la entrada trasera donde se encontraban parte del grupo de su guardia.

—¿Acaso nadie escuchó o vio a alguien merodear por los alrededores?
—preguntó.

—Todas las zonas están cubiertas, ninguno de nosotros vio o escuchó algo
—comentó uno de los guardias.

—Porque me encontré con esta mujer —emitió dejándoles ver el cuerpo de Olimpia—, ya saben lo que tienen que hacer. Ni una palabra de esto a Selene y es una orden.

—Si señor —les dijeron todos al mismo tiempo mientras le hacían una reverencia.

Cuando el emperador le dejó la mujer a sus guardias, estos se encargaron de lo debido. Achilles volvió a su alcoba sin molestar a Selene porque sabía bien que al verle su rostro iba a preguntar el porqué se encontraba allí y no quería preocuparla, tampoco pretendía decirle lo que había sucedido aquella noche.

Por la mañana siguiente y muy temprano, el emperador se despertó con una idea tan segura como apresurada pero no le importaba nada. Su madre ya se encontraba levantada y lista para dar un paseo como todas las mañanas.

—Buenos días, ¿a qué se debe el honor de tu presencia aquí? —cuestionó sorprendida su madre.

—Me he levantado con una idea que se me acaba de ocurrir y que quiero que me apoyes en la decisión.

—Si la creo adecuada, lo haré.

—He pensado en realizar dentro de unas horas algo para Selene y para mí, y necesito tu participación. Quiero que seas la única testigo y parte legal de mi unión en matrimonio con Selene.

—¿Ella lo sabe?

—No, por eso quiero que sea una sorpresa para ella —sonrió al decirlo—. Todos saben que no tiene dote, ni nada que se le parezca, ni siquiera le quedaron familiares y por tal motivo quiero hacerlo así, que firmemos un contrato nupcial y que eso avale nuestro matrimonio.

—¿Piensas presentarla también?

—Claro que sí —volvió a sonreírle cuando se lo comentó—. Hoy mismo apenas nos casemos.

—Es descabellada tu idea pero me gusta, solo espero que Selene lo acepte.

—Lo hará, podría decirle que necesito que firme un papel y listo.

—Se dará cuenta —acotó Atenea.

—Y no tengo problema con que se de cuenta, que lo sepa justo cuando lo esté por firmar.

Su madre entrecerró los ojos y luego le habló;

—De acuerdo, participaré.

—Gracias.

—En quince minutos te espero en la sala de reuniones —le respondió a su hijo—. Yo me encargo de Selene.

—Perfecto.

Atenea primero se encargó de redactar el contrato nupcial para que habilitara a su hijo y a Selene a poder convivir como una pareja en matrimonio, cuando tuvo listo el papel lo llevó a la sala de reuniones donde ya se encontraba Achilles esperando. Solo le dijo que tuviera paciencia y que pronto volvería con la joven.

Selene acababa de salir de sus aposentos cuando fue vista por la emperatriz.

—Buenos días —le hizo una reverencia.

—Buen día Selene... A ti te estaba buscando.

—¿A mí? —formuló asombrada—. ¿Qué necesitas? —quiso saber.

—Si me acompañas lo sabrás —le contestó con una sonrisa.

—De acuerdo.

Ambas caminaron al lado de la otra hasta dar con la puerta principal de la sala de reuniones, donde apenas la muchacha entró se encontró con Achilles.

—Buenos días —sonrió él.

—Buen día, ¿sucede algo? —preguntó preocupada.

—Nada por qué preocuparte —respondió Atenea.

—Necesito que me hagas un favor —emitió Achilles al mirarla a los ojos—, necesito que firmes un papel.

—¿Que firme un papel? —levantó las cejas sorprendida.

—Sí, el que se encuentra en la mesa.

Selene volvió a mirarlo y luego observó el papel que estaba sobre la mesa y caminó hacia él. Al mismo tiempo se acercaron madre e hijo y se pusieron uno en cada lado de la joven.

—¿Por qué así? —cuestionó.

—Quise darte una sorpresa, me pareció lo ideal, después de todas las cosas por las que hemos pasado, ¿no crees que nos merecemos esto? No me importa la dote, si al principio no me importó que la tuvieras, mucho menos ahora, no me importa nada —confesó sin quitarle la vista de encima y sujetando una de sus manos entre las suyas—, quiero casarme contigo y mi madre realizó este contrato matrimonial solo para los dos, redactando mi madre este papel se asegura la legalidad de la unión entre tú y yo. Y por consiguiente ser la futura emperatriz de Grecia.

—Esto es... demasiado —expresó tragando saliva con dificultad solo por el asombro que sentía en aquel momento.

—Sé que lo es pero lo hice solo porque te amo y pretendo estar a tu lado siempre. Incluso es posible que estés embarazada y no te hayas dado cuenta.

Cuando escuchó las palabras de Achilles por inercia Selene se llevó una

mano a su vientre y volvió a mirar el papel.

—¿Aceptas casarte con mi hijo? —fue Atenea quien se lo preguntó con alegría en su voz.

La joven la observó y con una sonrisa le habló;

—Sí, acepto casarme con él, aunque esto es una gran sorpresa, porque no me esperaba algo así jamás.

—Lo sé, pero fue idea de Achilles hacerlo así, sin pensarlo y sin preparar nada. Solo los tres —comentó la madre del emperador.

—Y por eso lo quiero, porque a veces me sorprende de esa manera —admitió Selene sonriéndole al hombre.

Él se inclinó para besarla y pronto firmaron el acuerdo nupcial.

Apenas culminó la unión sellándola con un nuevo beso, Atenea enrolló el contrato y lo ató cediéndoselo a su hijo, pronto los felicitó y los tres salieron de la sala de reuniones.

Achilles no esperó tanto tiempo en dar anuncio a una reunión del pueblo dentro de la sala principal del imperio donde se daría una noticia muy importante.

A medida que los minutos pasaban y Selene era preparada para la ocasión, sentía unos nervios instalados en su boca del estómago solo por saber lo que se realizaría muy pronto. Entre Adonia y Sara la ayudaron a vestirse mientras que las tres se abrazaban entre sollozos de felicidad.

—Serás la nuestra emperatriz, ¿sabes lo que eso significa? —preguntó Sara.

—Lo supongo pero no quiero pensarlo tanto tampoco —respondió entre risas incluidas.

—Serás muy buena Selene, estamos muy contentas por ti y por todo lo que has hecho por nosotras —confesó con sinceridad Adonia.

—Yo no he hecho nada, ¿de qué manera las ayudé?

—Nos ayudaste a no ser vendidas cada una en diferentes lugares, de no haber sido por ti, ninguna de nosotras estaría junta. Gracias al emperador que se fijó en ti, nosotras nos quedamos contigo también. Así que les agradecemos a ambos por lo que han hecho por nosotras —comentó

Adonia de nuevo.

—Vivimos entre pequeñas comodidades que sabemos no están permitidas en las esclavas, sin embargo tanto la emperatriz como su hijo no son como otros amos —dijo Sara—. Así que deberías estar contenta por esto que te tocó, siempre estaremos por ti y para ti y lo digo en nombre de todas las chicas y mío que llegamos a la deriva aquí —admitió con honestidad absoluta.

Selene lloró por todo lo que le habían dicho ambas y también por felicidad. Las volvió a abrazar y lloraron las tres.

—Yo debo agradecerles a ustedes por no ser crueles conmigo cuando supieron que el emperador y yo comenzamos a estar juntos, porque ya sabemos por las cosas que pasamos y saber que ustedes siempre fueron buenas y no han cambiado nunca conmigo, es honorable para mí.

—Siendo tú la futura emperatriz, en parte nos asegura que viviremos aquí dentro por un buen tiempo hasta que alguna de nosotras decida contraer matrimonio o no —comentó Adonia.

—Lo entiendo y me parece bien —le dijo y besó en la coronilla a ambas mientras las mantenía abrazadas por los hombros.

Cuando se recuperaron del llanto, retomaron lo que habían dejado de hacer y los llantos fueron reemplazados por risas entre las tres.

Selene y el grupo de las nueve esclavas que habían estado trabajando allí desde el día en que todas habían llegado para ser vendidas, se presentaron frente al emperador en hilera. Una de ellas dio un paso hacia delante tomando la iniciativa para dirigirse a su amo.

—Selene ya está lista, y si me es permitido me gustaría decir unas palabras en representación de las demás que estamos presentes

—respondió Aegea, otra de las esclavas.

—Por supuesto —asintió con la cabeza.

—En nombre de todas las que estamos aquí y mío, felicitamos a ambos por la unión y por lo que sucederá a continuación frente al pueblo, estamos muy agradecidas por tener un trabajo aquí dentro y sobre todo, un lugar donde dormir y comida. Todas sabíamos que íbamos a ser vendidas a otros sectores pero jamás pensamos que las cosas cambiarían de aquella manera, ese día en donde decidió comprar a Selene y por consiguiente a nosotras también y eso para nosotras fue un gran alivio. Por lo tanto, lo único que me resta decir es que todas estaremos a sus

servicios de por vida —le hizo una reverencia.

—Siempre y cuando no terminen casándose y formen su propio hogar, porque han llegado a mis oídos de algunas de ustedes que se están viendo con algunos de mis guardias —su tono de voz sonó gracioso y distendido.

Algunas risitas se escucharon por el inicio del pasillo y tanto Selene como Achilles rieron también.

—Están en todo su derecho en conocer a alguien —acotó Selene.

—Y es lo más lógico y perfecto que así sea —admitió Achilles con resolución.

Cuando todo se calmó, caminaron hacia la sala principal donde el emperador sujetó la mano de Selene y la levantó hasta la mitad para dar pasos por el medio de las personas que estaban allí presentes hasta llegar a los tronos donde los esperaba Atenea.

Apenas se dieron vuelta para mirar a los allí presentes, fue el turno de Achilles hablar.

—Pueblo querido, guardias, esclavas, madre y todo el que se encuentra presente en este día tan especial, tengo el agrado de hacerles saber sobre la reciente unión entre Selene y yo, y el honor de anunciarles a la nueva emperatriz de Grecia, Selene Voulgaris Thalassinós de Grecia —dijo con afirmación y felicidad.

Ante el aplauso y el vitoreo de todos, Achilles se inclinó hacia ella para sostenerla de las mejillas y depositarle un beso en sus labios, un beso que Selene correspondió de buena gana también. Sellando así el amor profundo que se tenían el uno por el otro.

